

Selección

TERROR

LOU CARRIGAN

CITA EN EL INVERNADERO


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

428 — Una bala de plata pura, *Clark Carrados*.
429 — Caza de monstruos, *Adam Surray*.
430 — La Venus de los cuernos de la luna, *Ralph Barby*.
431 — Noches de amor eterno, *Lou Carrigan*.
432 — Madame Guillotin, *Frank Caudett*.

LOU CARRIGAN

CITA EN EL INVERNADERO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 433
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 13.393 - 1981
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: junio, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

Lo más fascinante, desde luego, era darles de comer.

¡Tan chiquitinas y tan glotonas!

Por ejemplo, la Drosera Capensis no debía medir más de treinta centímetros de alta, y toda ella era esbelta, de apariencia delicada, grácil. ¡Y qué colores tan bonitos! Claro que había otras cuyos colores eran más bonitos, pero, ¿a qué negárselo a sí misma? ¡La Drosera Capensis era una de sus favoritas!

Era una especie procedente de África del Sur, y pese a su tamaño y relativamente bella apariencia, tenía un no sé qué de salvaje, como queriendo recordar siempre de qué continente procedía. ¡Y qué glotona era su chiquitina!

Ella le acercaba la comida pinchada en una aguja de hacer punto, y reaccionaba en seguida, doblando los extremos de sus largas hojas, rodeando el cuerpo de la mosca, y haciéndola desaparecer. ¡Oh, vaya si tenía apetito!

—¡Bueno, bueno, chiquitina mía, te daré otra más! Pero ya será suficiente por hoy... ¡No quiero que te indigestes!

Diciendo esto, Claudine Merton pinchaba con la aguja de hacer punto otra mosca viva, que sostenía con sus hermosos y esbeltos dedos, y la acercaba a otra hoja de la planta carnívora. La mosca aleteaba de tal modo que se oía el zumbido de sus alas en el interior del enorme y silencioso invernadero. Era como un desesperado canto de muerte, que cesaba pronto, cuando la Drosera Capensis enrollaba otra de sus hojas y la hacía desaparecer. Entonces, delicadamente, Claudine retiraba la aguja, dejando la mosca aleteante en poder de la planta carnívora.

En seguida dejaba de oírse el aleteo de la mosca.

Y Claudine Merton, de soltera Drummond, se quedaba mirando cariñosamente cómo su querida plantita comía. Oh, tenía muchas, muchas plantas carnívoras, no sólo la Drosera *Capensis*. En realidad, la parte de! fondo del invernadero estaba ocupada solamente por sus queridas y pequeñas plantas carnívoras. Tenía la *Monacrosporium*, la *Dactylella*, la *Arthrobothrys*, como ejemplos más corrientes de las que se criaban prácticamente en todo el mundo. Estas no tenían demasiado mérito, salvo el hecho de tener la habilidad y los conocimientos suficientes para conservarlas vivas en el invernadero.

Tenía un ejemplar de *Heliamphora*, de la familia de las serraceniáceas, procedente del Norte de América del Sur, más o menos por Venezuela y Guyana. Y una preciosa *Darlingtonia*, originaria de la Costa Oeste norteamericana, y que hasta hacía poco había sido una especie única en su género.

Le encantaba sobremanera la *Nepenthes* de la familia de las nepentáceas, porque procedía de lugares exóticos, como Ceilán, Madagascar, y en general, los trópicos orientales. Ah, y le gustaba mucho la *Byblis*, procedente de

Australia, igual que la *Cephalotus*...

¡Bueno, había tantas queridas plantitas carnívoras allí, en aquella parte del enorme invernadero! Tenía tantas que ya no recordaba la cantidad exacta, ni mucho menos. Además de que, claro, algunas se habían reproducido. Y hasta tenía, oh, sí, allí mismo, dentro de! invernadero, en aquel rincón especial, un árbol muy grande, de ramas en forma de tentáculos, procedente de las selvas filipinas. Hacía más de un año que tenía aquel árbol allí. Se lo habían regalado y en sólo un año lo que parecía un arbusto se había convertido en aquel hermoso árbol desconocido de largas y colgantes ramas tiernas que parecían tentáculos de pulpo...

Lo único que le molestaba de aquel árbol era que llegaría un día en que tendría que encargar que quitasen parte del techo de cristal para que pudiera seguir desarrollándose, y entonces entraría frío en el invernadero. En verano, considerando que estaba en plena Costa Azul, no tendría demasiados problemas, pero en invierno, y por muy Costa Azul que fuese, hacía frío allí muchos, muchos días, porque la costa quedaba un poquito lejos, y su invernadero, como la hermosa villa en la que vivía con su amado esposo Emil, estaba a más de cuatrocientos metros de altura, en las montañas. En menos de seis kilómetros se llegaba desde el nivel del mar a más de cuatrocientos metros de altitud... ¡Claro que hacía frío en invierno!

Y el frío no le iba nada bien a sus plantitas. Las cuidaba mucho, siempre a la misma temperatura ambiental en el invernadero. Así que quizá llegaría el momento en que tendría que elegir entre «Phillip» y las demás plantas. «Phillip» era el árbol; le había puesto este nombre por lo que se parecía a Filipinas. «Phillip». Filipinas...

Seguramente, sacrificaría a «Phillip», del cual no sabía todavía su nombre científico. ¡Ella, una de las botánicas más renombradas de Francia, no sabía el nombre de un árbol carnívoro! Desde luego que antes de sacrificarlo lo estudiaría más a fondo, y lo clasificaría. Aunque lo de sacrificarlo quería decir, simplemente, que lo sacaría del invernadero, no que lo mataría.

¡Cielos, matar a «Phillip»! ¡Nunca! Lo que haría sería, quizá, regalarlo a uno de los jardines botánicos de la Costa, instalados en lugares cuya temperatura anual era más benigna. O quizá finalmente se decidiera a mandar construir un invernadero de techo altísimo para trasplantar allí a «Phillip» a fin de que pudiera seguir creciendo todo cuanto quisiera. Sí, ésta era una buena idea, aunque bastante cara. Mantener un invernadero no es tan sencillo como alguna gente cree, sobre todo si tiene grandes dimensiones. Pero, cuanto más lo pensaba, más decidida estaba a quedarse con «Phillip», fuese como fuese.

Era un árbol hermoso, de hojas pequeñas de un tono verderrojizo, ligeras, suaves, que se movían al menor vestigio de viento; tan sólo el ligero vientecillo que pudiera llegar desde la puerta del invernadero al ser abierta movía las hojas de «Phillip», y entonces se convertía en un bello baile de llamitas verderrojizas. ¡Qué precioso era «Phillip»! Largas ramas, delgadas,

como tiernas, que colgaban suavemente... sí, como largos tentáculos de un pulpo gigante. El amigo que se lo había traído de Filipinas le había dicho que tuviera cuidado con él, porque era de una especie que se comía a los indígenas...

¡Lo que se habían reído con la broma!

Porque... ¿qué otra cosa podía ser sino una broma? A decir verdad, «Phillip» ni siquiera quería comer moscas, mosquitos, cucarachas, gusanos y toda la variedad de insectos que ella tantas veces le ofrecía, pinchados en una de sus agujas de hacer punto. Parecía talmente que «Phillip» no comía nada. Es decir, que era un simple vegetal que vivía de la tierra, alimentándose con sus raíces. Pero ella quería creer que era carnívoro.

¡Oh, tenía que ser carnívoro, porque era tan hermoso.

—¿Quieres una, «Phillip»? —Ofreció Claudine, acercando una mosca pinchada a las hojas del árbol—. ¿Quiere mi amorcito una mosquita recién cazada por mami?

Esto sí que era fastidioso a veces. ¡Tener que ir cazando bichos por ahí! Y nada de utilizar insectos muertos con cualquier variedad de insecticida, porque eso envenenaría sus plantas. Tenían que ser insectos vivos y perfectamente sanos. Así que tenía una especie de... vivero de insectos. Pero en invierno escaseaban, y tenía que ser ahorrativa. Por eso, siempre que había posibilidad de cazar insectos ella misma, lo hacía sin reparo alguno. Era fastidioso, pero lo hacía.

¡Amaba tanto sus plantitas!

—¿No la quieres? —Amonestó Claudine a «Phillip», que ni siquiera había movido una hoja—. Me gustaría saber qué es lo que comerías, cariñín. ¿Un indígena filipino, quizá?

Se echó a reír, allí sola en el invernadero, divertida por la broma. ¡Un indígena filipino! ¿Cómo se comería «Phillip» a un indígena filipino?. ¿Lo engulliría con sus flexibles ramas de color.:, casi carnoso, lo metería allí dentro, en lo más espeso de su follaje, que colgaba tanto que parecía una indescriptible cortina en tomo al grueso tronco? Era como si «Phillip» hubiese creado una pequeña selva alrededor de su tronco...

El tintineo especial del teléfono supletorio instalado en el invernadero arrancó a Claudine Merton de sus divertidas elucubraciones. Dejó la aguja con la mosca pinchada junto a una de sus pequeñas plantitas, y se dirigió hacia el centro del gran techo de cristal. No habían tenido más remedio que poner la columna, pues el techo, tan amplio, pesaba demasiado. Pero había ido bien, porque había servido para colocar allí el teléfono, un calendario, aparatos para medir el calor y la humedad y hasta habían colocado pequeños tiestos con plantas colgantes...

—¿Sí? —atendió la llamada Claudine.

—¡Oh, no! ¿Qué es lo que quiere esta vez?

—¿Qué? ¡Por Dios, no!

—¡Cuánto lo siento! Está bien, Sonia, dígale que voy para allá dentro de

unos minutos.

Colgó. ¡Qué mala noticia! El pobre doctor Duverger había fallecido. ¡Una persona tan cariñosa, tan amable...! Claro que ya iba siendo mayor, claro... ¡Y tan buen médico! Tenía un ojo clínico especial. En fin, nadie es eterno.

Incluso los médicos mueren. Gran ironía.

Claudine regresó ante sus plantas carnívoras, y terminó de darles la «comida», siempre pinchada en sus agujas de punto que tenía allí en cantidad, para tal menester. La irritaba un poco que la noticia la hubiera traído su vecina, la insoportable Adele Hidoine. Bueno, al menos le parecía insoportable a ella. Vamos a ver: ¿por qué tenía que haber sido ella la portadora de la noticia? ¿Por qué no se había quedado en su casa? ¡Estúpida!

Terminados los insectos, Claudine se resignó a recibir a su vecina, la viuda Hidoine. ¡Y vaya viuda! La viuda alegre, sí... ¡Oh, que se fuese al infierno! En realidad, ella no estaba muy segura de que fuese viuda, porque ello implicaría que había estado casada con un hombre, y eso... Bueno, ella se entendía.

Salió del invernadero, cerrando cuidadosamente la puerta.

Casi era invierno ya, y soplaba un airecillo fresco. Había que tener mucho cuidado con la puerta, siempre debía estar cerrada. Se aseguró de que lo había hecho bien, y se dirigió hacia la casa, distante unos cien metros.

Una hermosa casa, una villa hermosa y antigua que pertenecía a su familia hacía varias generaciones. Rodeada de un enorme jardín con pinos y flores, con piscina, pista de tenis... La piscina y la pista de tenis las había hecho construir ella hacía unos doce años, antes de conocer a Emil. Había conservado todo el rancio sabor de la casa y del parque grandioso que 1a rodeaba, y que se extendía montaña abajo, pero había cedido, con lógica, a comodidades y diversiones modernas. Desde la ladera se veían unos panoramas preciosos: el mar, montañas cada vez más bajas. A la derecha, Niza, y a la izquierda Montecarlo, distantes respectivamente tan sólo once y siete kilómetros.

Bien mirado, ella era muy afortunada. Tenía dinero, una villa maravillosa, un marido amante, sus plantas, dos coches, y cerca de su tranquila residencia, nada menos que Montecarlo y Niza. ¿Acaso se podía pedir más?

Quizá fue pensando en esto que el humor de Claudine mejoró, pese a la perspectiva de tener que conversar en breve con Adele Hidoine. Esta había heredado de su marido, un hombre ya mayor (¡mala pécora!), una hermosa casa, aunque ni mucho menos como la de los Drummond, y también un parque aceptable. No tenía comparación con la propiedad de los Merton, pero tampoco estaba mal. ¿Y qué había hecho Adele Hidoine para merecer todo esto? Pues casarse con un bobo que en menos de tres años se había marchado al otro mundo...

De nuevo estaba poniéndose Claudine de mal humor cuando divisó el automóvil que se acercaba a la casa por el sendero flanqueado de pinos. Y ya definitivamente, su malhumor desapareció, fue olvidado.

—¡Emil! —Gritó, alzando un brazo—, ¡Emil, Emil...!

El automóvil continuó hasta detenerse delante de la casa, hacia la cual corría ahora Claudine. Emil Merton se apeó, sonriente, y acudió al encuentro de su esposa, acogiéndola en sus brazos. Ella se colgó de su cuello, y lo besó en la boca.

¡Ah, qué diferente era todo entonces!

Cuando se encontraba entre los fuertes brazos del atractivo y atlético Emil, Claudine era la persona más dichosa del mundo. Y ciertamente, le importaba bien poco que desde la casa o en cualquier otro sitio la vieran en tales expansiones. Tan poco como le importaba el hecho de que Emil tuviera cuarenta años y ella cuarenta y dos. ¡Mejor! ¡Cuanto más joven fuese Emil, más tiempo le duraría! Le duraría toda la vida, sería ella quien moriría primero, no tendría que pasar por el dolor de perderle...

—Caramba —aspiró cómicamente aire Emil, cuando dejaron de besarse—. ¡Qué fogosidad, querida!

—¡Vienes más pronto hoy! —rió Claudine, brillantes los ojos, tomándose del brazo de su marido.

—Sí —echaron a andar hacia la puerta de la casa—. Bueno, ha sucedido algo... triste, querida. Mucho me temo que tendrás que buscarte otro médico.

—¡Ha muerto el doctor Duverger, lo sé!

—¿Lo sabes? —Se sorprendió Emil—. ¿Quién te lo ha dicho?

—¿Cómo te has enterado tú?

—He pasado por Eze, por el pueblo, y lo he oído comentar en la pastelería.

—¿En la pastelería? ¿Qué has ido a hacer allí?

—Se me ocurrió comprarte unos bombones —sonrió Emil.

Ella le sonrió, encandilada. Claudine no era excesivamente bonita, pero a sus cuarenta y dos años, bien cuidada, sana, inteligente y muy bien equilibrada, resultaba una mujer no sólo aceptable, sino interesante y agradable. Su cuerpo, todavía joven y turgente, quizá mostraba una cierta tendencia a perder la línea, pero eso no parecía preocupar en absoluto a Emil, así que tampoco a ella.

—Seguiré engordando —advirtió maliciosamente.

Emil se inclinó hacia su oído, y le dijo algo que la obligó a soltar una carcajada, sofocándose. Estaban ya cerca de la puerta de la casa.

—¿Y tú? —Preguntó él, riendo—, ¿Cómo te has enterado?

—Ha venido a decírmelo la lesbiana.

—¿Quién? —se sorprendió Emil.

—La viuda Hidoine. Me está esperando en la sala.

—Ya. Bueno, Claudine, querida, creo que no deberías decir esas cosas. En primer lugar, cada cual puede hacer lo que guste, y en segundo lugar, no tienes ninguna base para decir que Madame Hidoine es lesbiana. Sé consecuente.

—¿Cómo que no tengo ninguna base? ¿Y la cadenita?

—¿Qué cadenita?

—¡La que lleva en el tobillo derecho! Oh, vamos, has tenido que verla,

Emil... ¡Esa cadenita de oro, ese nomeolvides que lleva en el tobillo derecho! Tú ya sabes que dicen que las mujeres que llevan eso son... pues eso. ¡Lo que no sé es si la que la lleva en el tobillo derecho es la que domina o la que...!

—¡Claudine! ¡No me gusta oírte hablar así! Tú no eres una persona chismosa, no lo has sido nunca. Además, he visto muchas jovencitas que llevan nomeolvides en el tobillo, y te aseguro que ninguna de ellas era lesbiana. Y todavía más: te recuerdo que la... víctima de tus chismorreos estaba casada... ¡con un hombre!

—¡Pobre Monsieur Hidoine!

—¡Pobre Monsieur Hidoine! —Retrucó Emil—. Te recuerdo, querida, que Monsieur Hidoine era un hombre ya mayor, y que se casó con una mujer muy bonita y mucho más joven que él... ¿A qué llamarlo «pobre»? Tuvo una vejez yo diría que muy agradable.

—¡Ahora vas a decirme que te gusta la viuda Hidoine!

—Bueno —sonrió Emil, deteniéndose, ya ambos dentro de la casa—, no voy a decir que esté loco por ella, porque mis locuras son sólo para ti, querida, pero admite conmigo que la viuda Hidoine no es precisamente un adefesio Estéticamente hablando...

—¡Estéticamente hablando! —Protestó Claudine—. ¡Oh, Emil!

—Está bien, está bien —él la besó en la nariz—. Esta es una discusión tonta que no tiene el menor sentido. Vamos a dejar las cosas como están, y atendamos con nuestra habitual cortesía a nuestra visita.

—Y además —refunfuñó Claudine—, ¿desde cuándo lleva la viuda Hidoine ese sospechoso nomeolvides?

—Pues no sé —se desconcertó Emil—, ¿Desde cuándo?

—Ciertamente, no lo llevaba en vida de Monsieur Hidoine. No sabría decirte cuándo se lo vi exactamente, pero sí puedo decirte que no hace más de un año. Supongo que ya sola, y rica, emprendió un derrotero... especial en su vida. Y todavía voy a decirte otra cosa: ¡no me extrañaría que sus visitas excesivamente frecuentes a esta casa se debieran a la presencia en ella de Sonia!

—Cielo santo —gimió cómicamente Emil—. ¡Esto ya es demasiado!

—Sonia lleva trabajando conmigo en mi libro menos de un año, ¿no es así?

—Más o menos —sonrió Emil—. ¡Caramba, querida, obtienes unas conclusiones...! De todos modos, habría que alabarle el gusto a la viuda Hidoine: ¡Sonia es preciosa! Hace falta estar muy enamorado de ti para no haber intentado nada con ella. Y me refiero a mí mismo.

—¡Emil!

—Vaya, ya está bien —Emil la besó ahora en la boca—. Vamos a olvidar esta tonta conversación y reunámonos en la sala con Madame Hidoine, Y si te portas bien, te prometo no fijarme nunca más en las formidables piernas y demás encantos de tu secretaria, la bella Sonia.

Claudine se quedó mirando fijamente a su marido, que le sonrió. Ella se echó a reír de pronto, volvió a tomarse de su brazo, y se dirigieron hacia la


gran puerta de la sala.

CAPITULO II

Verdaderamente, la viuda Hidoine llevaba una cadenita de oro con una plaquita con su nombre, Adele, pero nada más verla Claudine se dijo con honestidad que seguramente era la envidia que sentía por la viuda la que la obligaba a decir aquellas cosas, aunque sólo fuera para los oídos de Emil.

Adele Hidoine era alta, esbelta, elegante. A sus treinta y pocos años —no debía llegar ni a los treinta y cinco—, con aquel cuerpo, aquella mata de rojos cabellos, los ojos verde-azules en su delicado rostro de singular belleza, resultaba indiscutiblemente una mujer muy atractiva. Y sobre todo, aquella... alegría, aquella vitalidad en sus ojos, aquella sonrisa en su roja boca... ¡Demasiado bonita, maldita fuese! Y en plena sazón.

Sonia Delcour, que estaba tomando café con Adele Hidoine, no estaba tan en sazón. Tenía veinticuatro años, y todavía había en su rostro y en su boca sonrosada como un rastro de pubertad apenas iniciada. Rubita, de ojos castaños enormes, era una joven bellísima^ no sólo de rostro, sino de cuerpo. A decir verdad, a Claudine la irritaba un poco que su joven secretaria llevase aquellos jerseys ceñidos. Bueno, no demasiado ceñidos, tenía que admitirlo; Sonia era muy discreta, pero estaba claro que unos senos tan bonitos como los suyos no podían ocultarse. Habría sido un crimen. ¡Y sus piernas...! Emil tenía razón: eran formidables...

—Buenas tardes —estaba saludando sonriente Emil—. ¿Cómo está, Madame Hidoine? ¡Hacía bastantes días que no teníamos el gusto de verla por aquí!

La viuda Hidoine le tendió la mano, sin levantarse del sillón, y Emil se inclinó, haciendo el galante gesto de besarla. Adele Hidoine sonrió.

—No sabía que estaba usted en casa, señor Merton. Querida Claudine, siento haberla molestado, pero... me pareció que una noticia así debía saberla usted cuanto antes.

—Naturalmente —asintió Claudine, lo más amable que pudo—. De todos modos, me habría enterado en seguida, pues Emil ya venía hacia aquí con la noticia.

—¡Ah!

—Hola, Sonia —saludó Emil, mirando a la preciosa rubita—. ¿Cómo va el libro sobre las feroces devoradoras de carne?

—Bien, señor Merton —contuvo 1a risa la muchacha.

—¡No me gusta que llames así a mis plantas! —Protestó Claudine—. ¡Parece como si te las tomases a risa!

—Claro que no, querida —se sorprendió Emil—. Es solamente una vieja broma entre tu secretaria y yo.

—¡Me gustaría tanto ver sus plantas! —Exclamó Adele Hidoine—. La verdad es que tengo muchas ganas de ello, pero no me atrevo nunca a pedírselo, señora Merton.

—Pues ahora se ha atrevido —dijo Claudine.

—¡Oh, es cierto! —Rió divertida la bella viuda—. Espero no haberla molestado. ¡Pero debe ser tan interesante! Pero un poco estremecedor, ¿no le parece?

—¿Estremecedor? —frunció el ceño Claudine.

—Bueno, eso de tener plantas carnívoras en el invernadero. ¡Y tener que alimentarlas personalmente...! ¿Es cierto que tiene usted algo así como un... vivero de insectos que compra a los muchachos del pueblo, con el fin de tener siempre comida fresca para sus plantas?

—Hay quien tiene conejos y pollos en jaulas, Madame. Yo sólo tengo insectos.

—¡Cielos, qué comparación! —Se estremeció Adele Hidoine—. De todos modos, me gustaría mucho ver sus plantas, de veras.

Claudine estaba mirando fijamente y con cierta hostilidad mal contenida a la viuda. De pronto, sonrió. Muy suavemente, con una extraña chispa en el fondo de sus ojos oscuros.

—Tendré mucho gusto en mostrárselas en un momento más oportuno que éste, señora Hidoine.

—¿Realmente? ¡Se lo agradezco muchísimo! ¿Cuándo le parece que puedo venir a verlas?

—Un momento adecuado sería éste, pues ya han comido... Lo digo porque no sería prudente visitarlas cuando están hambrientas: nunca se sabe lo que puede ocurrir.

Adele Hidoine se irguió vivamente, mordiéndose los labios. Emil Merton frunció el ceño.

—Ejem... —carraspeó—. Bueno, creo que deberíamos pensar en nuestro pobre y estimado doctor Duverger. Tengo entendido que el sepelio será mañana por la tarde, ¿no es así, Madame Hidoine?

—Sí. Naturalmente, pienso enviarle unas flores... Esta misma tarde voy a llegarme a Eze para encargarlas. ¿Desean que encargue alguna corona de parte de ustedes?

—Es usted muy amable, Madame.

—Para eso estamos los vecinos. ¡Ha sido una gran pérdida! Un hombre tan afectuoso... ¿Saben que ha venido un sobrino suyo para hacerse cargo de la consulta en Eze?

—Está usted bien informada —dijo Claudine, sirviéndose café—. Seguramente, incluso ha visto al nuevo médico.

—¡Por supuesto! Es un joven... encantador. Sí, encantador.

—¿Le gusta a usted? —sonrió irónicamente Claudine.

—Oh, bueno... —la viuda se echó a reír—. ¡Francamente, sí! Es alto, de cabellos castaños ondulados, atlético, viste muy bien, y yo dina que es muy inteligente. ¡Sólo hay que verle los ojos para comprenderlo! Es hijo de una hermana del pobre Duverger. Se llama Savard. Ives Savard,

—Querida, es usted toda una fuente de información —deslizó quedamente

Claudine—. ¡Cuénteme más cosas! Y no tenga cuidado si se pone a llover: Sonia la llevará con mucho gusto en el coche de Emil... ¿No es cierto, Sonia?

—Por supuesto, Madame —asintió la linda rubia.

Emil Merton dirigió una discreta mirada de reproche a su esposa, pero no hizo comentario alguno. Miró hacia el gran ventanal, a través de cuyos cristales se veía el tono sombrío de la tarde. En efecto, podía empezar a llover en cualquier momento...

* * *

Había comenzado a llover la noche anterior, y ya no había parado. No era una lluvia intensa, pero sí continua y desusadamente fría para aquella época del año. Alrededor de la tumba donde se estaba colocando el ataúd con los restos mortales del doctor Pierre Duverger, todo eran paraguas e impermeables. El cielo tenía un frío color grisáceo, como de nieve.

El padre Telléne, gran amigo de Duverger, había acompañado la comitiva fúnebre hasta el cementerio, y estaba rezando por la salvación de su alma. Bien, el padre Telléne había perdido a un amigo y un temible adversario en el ajedrez. El pobre hombre era ya un anciano, y cabía pensar que no tardaría mucho en seguir a Duverger al Más Allá...

Ives Savard, el sobrino de Duverger llegado de Marsella para hacerse cargo de todo, incluido el consultorio de su tío, era en efecto un joven alto y atlético, muy atractivo. Mucho. Al parecer, no había podido conseguir un sombrero o cualquier otra cosa para cubrirse la cabeza, pero no parecía importarle. Permanecía de pie ante la tumba, mirando el féretro, indiferente al agua que chorreaba por su cabeza. Tenía unas manos grandes, hermosas, sensitivas. Claudine contuvo una sonrisa cuando captó el interés con que la joven Sonia miraba al nuevo médico de la pequeña localidad de Eze. ¿Realmente un médico joven e interesante como Ives Savard dejaba Marsella para instalarse en un pueblecito del interior? Sorprendente en verdad.

La viuda Hidoine también estaba allí, claro, pero Claudine no había visto que mirara con excesivo interés al joven Savard. Cada día le parecía más sospechosa la viuda Hidoine. Bajó la mirada hacia su tobillo derecho, y, en efecto, bajo la fina media pudo distinguir la forma del nomeolvides de oro. ¡Qué capricho el de llevar aquella cadenita de oro en un tobillo! Claro que no era la única, ni mucho menos, ni en Francia ni en el mundo. ¿Quizá llevaba también otra cadenita de oro en la cintura?

Emil le dio un suave golpecito con el codo, y Claudine regresó de sus cavilaciones. Se dio cuenta entonces de que el padre Telléne había terminado de rezar. Habían tapado ya el ataúd con la losa blanca. Bueno, a eso se reducía todo, al fin y al cabo. Un mal día, uno se muere, lo meten en un agujero, y asunto concluido. Todos los sinsabores de la vida no han servido de nada.

Realmente, ¿qué objeto tiene complicarse la vida, crearse enemigos,

adquirir antipatías hacia otras personas, discutir, reñir...? ¡Qué estupidez!

Habían acudido, naturalmente, la mayor parte de los habitantes de Eze, amigos de Marsella, Niza, Montecarlo y hasta algunos colegas de Duverger procedentes de París y otros lugares importantes de Francia. Ah, sí, el pobre doctor había sido una persona muy estimada. Esto sí era bonito.

Emil la tomó del brazo para acercarse a darle el pésame de despedida al joven y apuesto Savard. La lluvia era fría, persistente. ¡Oh, por Dios, qué tarde tan triste y sombría!

—Muchas gracias por todas sus atenciones —dijo el joven Savard—. Son todos ustedes muy amables.

Claudine parpadeó, todavía su mano en la de Ives Savard. En verdad aquel muchacho tenía unos ojos muy hermosos e inteligentes. Sí, sumamente inteligentes, sin la menor duda. Y una boca y una barbilla de una solidez impresionante. Era de esperar que además de tan guapo fuese buen médico, aunque, claro, era imposible que tuviese la experiencia y el tacto personal del fallecido Duverger,

—Todos lo hemos sentido mucho —decía Emil, estrechando en su turno la mano de Savard—. Era muy querido en Eze.

—Gracias, Monsieur. Muchas gracias.

Claudine volvió la cabeza para mirar a Sonia mientras ésta murmuraba algo al joven Savard. En realidad, ¿qué hacía allí Sonia? Desde que había llegado a Eze para trabajar con ella como secretaria, contestando a un anuncio puesto por ella en el Nice Soir, no había necesitado nunca a Duverger Se podía decir que casi no le conocía, salvo de haberle visto en el pueblo en algunas ocasiones. ¡Y la muy tonta se estaba sonrojando frente a Savard! ¿No era chocante aquella jovencita?

—Será mejor que esperemos a Sonia en el coche, querida —dijo Emil.

Pero antes que Sonia llegó al coche la viuda Hidoine, que asomó la cabeza dentro.

—¿Les importaría llevarme a casa? —pidió—. Vine directamente desde el pueblo con los Piret, pero no tiene objeto que ellos se molesten si van ustedes hacia su casa. Pasarán por delante de la mía.

—Ya nos molestaremos nosotros —dijo secamente Claudine.

—Suba, señora Hidoine —dijo amablemente Emil—, La llevaremos con muchísimo gusto.

—¡Qué tarde tan terrible! —exclamó Adele, sentándose junto a Claudine.

Emil, sentado al volante, se volvió hacia el asiento posterior, dirigiendo una mirada de súplica a su esposa, que ésta ignoró. Ni siquiera le dio tiempo a decir nada.

—Sí —dijo Claudine—, es una tarde muy desagradable en muchos aspectos.

—Sin duda —se apresuró a intervenir Emil—. Un entierro en un día así es algo terriblemente deprimente. Y aunque no quisiera parecer desconsiderado hacia el pobre Duverger, creo que deberíamos... animarnos un poco.

—Tiene razón —asintió Adele—. ¿Aceptarían venir a casa a tomar café?

—No, gracias —dijo rápidamente Claudine—. Hoy todavía no he dado de comer a mis plantas.

—¡Oh! Bien... Bueno, ya sé que no parece el momento más apropiado, pero... ¡me gustaría tanto verlas! Además, sería un modo muy instructivo de distraerse, ¿verdad?

—En efecto —la miró fijamente Claudine—, muy instructivo. Me encantará mostrarle mis plantas esta misma tarde.

* * *

—...y ésta es una *Polypompholyx*, procedente de Australia, como esas otras. Su sistema de caza es de ratonera. Es realmente curioso, créame. Y por supuesto, yo siempre he pensado que quien inventó la ratonera se basó en una de estas plantas. Observe usted cuán hábilmente funciona la trampa.

Con unas pinzas, Claudine tomó de la cajita un escarabajo y lo colocó cerca de la planta. El escarabajo se desplazó y en cuanto hubo cruzado el umbral del sistema de caza de la planta, éste funcionó a la perfección. El escarabajo quedó atrapado dentro de aquel leve entramado vegetal. Primero se estuvo quieto, luego empezó a moverse de un lado a otro.

—Suponiéndole al escarabajo un mínimo y rudimentario cerebro —explicó Claudine—, hay que comprender que en este momento se está preguntando dónde se ha metido. No tardará mucho en saberlo, claro... Sólo que entonces ya no tendrá ninguna posibilidad de sobrevivir. Irá muriendo lentamente, en parte de inanición, y en parte debido a una especie de anestesia que emite la planta. ¿No percibe usted el olor entre agrio y dulce?

—Todo esto es horrible —musitó Adele Hidoine.

—¿Horrible? ¿Por qué?

—No sé... ¡Plantas que comen! Y esto de... de darles la comida así, pinchada en una aguja... ¡A mí me parece horrible!

—Me parece, querida, que usted no tiene vocación científica en grado alguno. La vida no es horrible: es como es. Nosotros comemos corderos, caballos, terneras, perdices... Pues bien, mis plantas comen insectos. Es un designio de la Naturaleza, que debió tener sus motivos para crear estas deliciosas plantitas.

—¿Qué motivos?

—¡Cualquiera sabe...! Pero mire esta planta, por ejemplo. Es una *Pinguicula*, de la familia de las lentibulariáceas, y puede encontrarse en muchos lugares del hemisferio norte. Observe la secreción pegajosa de sus tallos, segregada por unas glándulas cuya complejidad y perfección la sorprendería si se la explicase con detalle. ¿Y sabe para qué sirve esa secreción?

—No... No.

—Sin duda recordará usted aquellos horribles atrapamoscas antiguos que

consistían en una tira de papel especial impregnado de una sustancia pegajosa...

—No, no los recuerdo. Deben ser anteriores al momento en que empecé a fijarme en las cosas. ¿Los recuerda usted?

Se miraron. Muy bien, querida, acabas de decirme que soy más vieja que tú, pensó Claudine. Pero sonrió.

—Yo sí los recuerdo. Supongo que las moscas debían creer que aquella sustancia pegajosa que impregnaba el papel era miel, o algo parecido, porque acudían por centenares a él. Y, claro, quedaban atrapadas y morían. ¿Y sabe usted de dónde tomaron la idea del papel atrapamoscas los fabricantes?

—¿De... de esta planta?

—¡Por supuesto, querida! Y de otras parecidas, como esta *Drosophyllum Lusitanicum*, por ejemplo. Alguien vio que las moscas, mosquitos y otros insectos voladores o no, acudían a estas deliciosas plantitas, y que quedaban atrapados en ellas. ¡Qué gran invento!, se dijo. Y procedió a fabricar el papel atrapamoscas. A decir verdad, la mayor parte de los inventos proceden de la Naturaleza. ¿No lo sabía?

—No... Pero sigo pensando que todo esto es horrible... Me gustan más sus otras plantas, francamente.

—¡Pero son más vulgares!

—Supongo que es así, si lo dice usted, que es una experta. Pero prefiero las rosas, y cosas así.

—Eso es muy romántico. Podría hablarle mucho de las rosas, pero últimamente me estoy especializando en plantas carnívoras. Ya debe saber que estoy escribiendo un libro sobre ellas.

—Sí, claro... Sí, lo sé. Su secretaria y yo hemos hablado algunas veces sobre ello.

—¡Ah! ¿De veras?

—Sonia la admira mucho a usted.

—Es lógico. Ella siente una gran pasión por la Botánica, pero es muy joven, tiene mucho que aprender. Supongo que es por eso que aceptó venir aquí a trabajar conmigo. Es una muchacha... deliciosa, ¿no le parece?

—Sí... Sin duda, lo es.

—Claro. Oh, venga, venga... Quiero presentarle a «Phillip».

—¿Quién?

—¡Este árbol! —Rió Claudine—. ¿No le parece precioso?

—Sí que lo es —sonrió por primera vez Adele Hidoine—. La verdad es que hace rato que lo estaba mirando. ¿Da flores?

—Mmm... ¿Flores? Bueno, me temo que no. No da nada. Es algo así como un ser bello e inútil. Procede de Filipinas. Al parecer es algo así como un... caníbal. ¿Sabe que devora indígenas?

—¡Madame Merton! —respingó Adele.

—Vamos, vamos, era una broma. En realidad, creo que es sólo un hermoso árbol, y nada más. Lo más curioso de él es que todavía no he conseguido

clasificarlo, ni tener noticias concretas sobre su... genealogía, dicho sea para que usted me entienda.

—Francamente, creí que todo esto sería otra cosa... ¡Sus rosas sí me encantan! —Las señaló, muy cerca—. ¿Sería tan amable de obsequiarme un esqueje?

—Pues no —dijo tranquilamente Claudine—. No al menos en este momento, desde luego. No le serviría de nada. No obstante, en febrero es posible que le haga ese obsequio. En fin, creo que ya lo ha visto usted prácticamente todo, en cuanto a plantas carnívoras. ¿Tiene quizá alguna pregunta que hacerme?

—No... No, no. Oh, bueno... ¿qué dice su marido de esta afición suya?

—¿Emil? ¡Cielos, Emil no dice nada! Simplemente, acepta mi trabajo y mi afición, naturalmente.

—Bueno, quiero decir que quizá él tema que alguna vez una de estas plantas la... la... Bueno...

—¿Me muerda? —Rió Claudine—. ¿Ha querido usted decir eso?

—Pues...

—¡Pero querida Madame Hidoine, si son inofensivas para las personas! ¡Oh, vamos...!

—Puede que sean inofensivas, pero a mí no me gustaría estar cerca de ellas demasiado tiempo.

—Es usted realmente graciosa —rió Claudine, que se estaba divirtiendo extraordinariamente—. ¿Qué diría ante el hecho de que yo tenga siempre una planta de éstas en mi dormitorio, como... invitada especial?

—¡Está usted bromeando!

—Claro que no. Casi todos los días llevo una de estas plantas a mi dormitorio, la estudio, la observo...

—¿Y qué dice su marido?

—Querida mía, Emil no dice nada especial. Ya está acostumbrado a mi trabajo, a mis estudios. ¿Qué habría de decir? Le tiene sin cuidado la clase de planta que yo ponga en nuestro dormitorio. Eso aparte, naturalmente, de que Emil aceptaría cualquier cosa por complacerme. Es tan cariñoso y amable... Oh, se está haciendo tarde. Creo que debemos salir ya de aquí.

Adele Hidoine volvió a mirar el rosal que había llamado su atención.

—¿Y una sola rosa? —Murmuró— ¿Podría llevarme una sola rosa, señora Merton?

—Perdóneme, pero no me parece acertado cortar rosas ahora. Lo siento.

—Sí, comprendo... Bien, realmente es muy tarde ya. Ha sido usted muy amable.

Claudine Merton sonrió, mirando fijamente los verde-azules ojos de la viuda Hidoine.

—¿Quiere que la acompañe Sonia a su casa con el coche? —ofreció suavemente.

—Sí, por favor. ¡Qué tiempo tan desagradable! Es de temer que en Lyon

será igual, si no peor.

—¿En Lyon? ¿Qué importancia puede tener para nosotros el tiempo que haga allá, señora Hidoine?

—Oh, no se lo había dicho, es cierto.., Mañana temprano salgo para Lyon, donde tengo pensado pasar unos días con unos amigos. Se vive muy apaciblemente en Eze, pero de cuando en cuando es agradable un poco de bullicio, ¿no le parece?

—Desde luego. Espero que se divierta mucho en Lyon... Voy a llamar a Sonia por el teléfono supletorio para que venga con el coche desde la puerta de la casa. Así me llevará a mí hasta allí... Le deseo feliz viaje, señora Hidoine.

CAPITULO III

Despertó de pronto.

Primero oyó el rumor de la lluvia, y simultáneamente recordó el placer experimentado antes en brazos de Emil, precisamente mientras ambos oían la lluvia afuera, con aquella musicalidad...

En seguida oyó lo otro. Lo que la había despertado, sin duda, porque la lluvia no podía haber sido. Era otra cosa.

Era... como un gemido prolongado.

Sí. Alguien estaba gimiendo como presa del pánico. Y del dolor. Había en aquellos gemidos una angustia terrible.

Durante unos segundos, Claudine permaneció inmóvil, oyendo aquellos gemidos, pero pensando que debía estar confundida, que debía ser la lluvia la que producía aquel sonido. Miró hacia las puertas del balcón, cerradas sólo con las cristaleras. Abajo siempre se dejaban un par de luces encendidas, eh la parte del jardín frente a la casa, y pudo ver la lluvia como hilos brillantes. Recortándose en uno de los cristales vio la planta que aquella noche había llevado al dormitorio, y sobre la cual había tomado unas notas en su bloc antes de que Emil le propusiera hacer el amor. Por supuesto, había dejado en seguida las notas sobre la *Dionaea muscipula*, nada menos, una de las plantas carnívoras más interesantes del mundo. Ya tenía tiempo de sobras de ocuparse de sus plantas durante el día, mientras Emil atendía la administración de la propiedad y de sus bienes, siempre yendo de un lado a otro: Niza, Marsella, Antibes...

Era una planta de poco tamaño, pero podía verla bien, sobresaliendo de su tiesto con tierra especial.

La veía muy bien, y, además, parecía que los gemidos llegaban desde allí, desde la pequeña mesita redonda donde solía dejar cada noche la planta elegida.

«¡Qué tontería! —pensó—. Esos gemidos deben de ser cosa de la lluvia...»

Tardó unos cuantos segundos más en convencerse de que no era así. No era cosa de la lluvia. Allí dentro, en su dormitorio, alguien gemía, presa del terror. Gemía y lloraba.

Un lento estremecimiento comenzó a recorrer la espalda de Claudine, a pesar de la buena calefacción de que disponía el dormitorio, como todas las piezas de la casa que estaban en servicio. Una casa tan grande que actualmente casi la mitad de ella estaba cerrada. En la planta baja dormían los criados: el jardinero y a veces chófer, Lucien; la doncella-camarera, Monique; y la cocinera, Jeanne. Arriba sólo vivían ellos y Sonia. Les sobraba tanto sitio que casi todas las habitaciones estaban cerradas...

El estremecimiento persistió. Era como si de pronto se le hubiera incrustado en la espalda un trozo de hielo que la fuese recorriendo arriba y abajo. Claudine se incorporó en el lecho, y sólo entonces reparó en que estaba

desnuda. Se había dormido después de hacer el amor, sin ponerse el camisón...

—¿Claudine? —oyó la soñolienta voz de Emil.

—Emil —tembló la voz de ella—, Emil, ¿oyes eso?

—¿El qué? ¿Qué te pasa?

—¿No oyes... eso?

Se volvió hacia él. Vio el brillo de sus ojos abiertos, quietos. Emil no se movía.

Escuchaba. De pronto, se sentó en la cama, también desnudo.

—¿Qué es? —exclamó contenidamente.

—No... no sé... Parece... un llanto, o algo... así...

—Creo que viene... de la Dionaea.

Emil, que había estado mirando alrededor como buscando el origen del sonido, volvió la cabeza hacia ella. De nuevo vio Claudine el brillo de sus ojos. Y en seguida, el de los blancos dientes de su marido.

—Vamos, querida, no digas tonterías. Anda, sigamos durmiendo. Todavía es de noche, y mañana...

—¡Alguien está sufriendo mucho, Emil!

—Vamos, vamos... Debe de ser un ruido extraño de la lluvia, o algo que ahora no podemos identificar. Ven, abrázate a mí y durm...

—¡No! ¡Lo oigo cada vez más claramente, es la planta!

—Bueno —refunfuñó Emil—, entonces creo que lo que procede es sacar esa planta de nuestro dormitorio: que llore lo que quiera, pero que no fastidie.

—¡Emil, no soy una niña asustadiza!

—Vaya por Dios —refunfuñó Emil, sentándose en el borde de la cama—, vas a conseguir que me desvele completamente. En fin, voy a decirle a tu planta que tenga la bondad de callarse.

—¡No te burles de mí!

—Está bien, cálmate. Voy a encender la luz, y verás cómo dentro de un minuto de vigilia encontramos el origen de eso que parece un llanto. ¡Caramba, espero que no tengas ningún niño ilegítimo escondido en alguna parte del dormitorio!

—¡Oh, Emil! —sollozó Claudine, ¡levándose las manos a la cara.

—Me parece que he sido un poco estúpido —refunfuñó de nuevo el siempre atento y cariñoso Emil—. Lo siento, querida. Bien, vamos a ver si aclaramos este... misterio.

Encendió la luz de su mesita de noche. Claudine seguía con las manos ocultando su rostro. Emil se dirigió hacia el balcón, y ya se disponía a abrirlo para cambiar el sonido ambiente y ver qué pasaba, cuando su cabeza se volvió lentamente hacia la planta carnívora que había sobre la pequeña mesita. Luego, miró a Claudine, que ahora le estaba mirando con los ojos muy abiertos. El reloj de la mesita de noche de Emil señalaba las seis y diez de la mañana...

La mirada de Emil volvió hacia la planta, y acto seguido, muy despacio, se

acercó a ella. Se quedó mirándola. La planta no se movía. Emil Merton se pasó la lengua por los labios, y miró de nuevo a su esposa.

—Es la planta —susurró, con voz tensa.

Los gemidos de terror, de angustia, de dolor, se oían ahora más claramente. Claudine miraba la planta. Su rostro se había demudado. Parecía una estatua. Emil se inclinó un poco hacia la planta, como queriendo escucharla de más cerca. Cuando se irguió, miró a Claudina como alucinado.

—Es la planta, que llora —jadeó.

—Oh, Dios mío —gimió Claudina.

—¿Qué... qué significa esto, Claudine?

—¡No lo sé!

—Pero... Bueno... No sé, tú debes conocer alguna explicación, supongo.

—¡Claro que no!

Claudine saltó de la cama, y se acercó también a la planta carnívora, mirándola fascinada y asustada. Cuando estuvo junto a su marido oyó mejor aquel llanto gimoteante. Era espeluznante, horrible.. Claudine y Emil cambiaron una mirada no poco impresionada, y él dijo:

—Voy a sacar esta planta de aquí, la llevaré al invernadero. Por suerte dejamos el coche delante de la casa. No te preocupes, vuelve a la cama.

—Pero no podemos... dejar las cosas así... ¡Esto ha de tener una explicación!

—Bueno —intentó bromear él—, según parece esta criaturita está llorando por algo, y quizá sea porque quiere volver a su hogar, esto es, el invernadero.

—¡No es cosa de broma, Emil!

—No, no lo es —miró él la planta, preocupado—. Pero sea lo que sea, esta planta no va a estar más tiempo en mi dormitorio. Me la voy a llevar.

—Oh, no, yo quisiera... ¡Tengo mucho miedo, pero yo quisiera saber qué es lo que...!

—¡Ya está bien, Claudine! —Estalló su marido—. Nunca me he metido con tus plantas ni con tu afición a las carnívoras especialmente, ni con el capricho de invitar a nuestro dormitorio una diferente cada noche, pero esto ya es demasiado. ¿O no?

Ella le miraba fijamente, todavía asustada, pero también herida por la reacción de Emil, que soltó un gruñido, se puso la bata y se acercó al balcón, mirando hacia el exterior.

—¡Y esta maldita lluvia...! —Se calló de pronto, estuvo unos segundos así, y luego murmuró—: ¿Dejaste la luz encendida en el invernadero?

—Claro que no... No, nunca. Bueno, algunas veces pongo la ultravioleta para...

—Y hay un coche delante de la puerta. Ven a mirar tú, no sea que yo vea visiones.

Claudine se acercó, colocándose junto a su marido para mirar hacia el invernadero. En efecto, dentro de éste se veía una luz encendida, pero no en el techo, la habitual. Pero había un automóvil oscuro, reluciente bajo la lluvia.

Los esposos Merton volvieron a mirarse. Tras ellos, la planta carnívora seguía emitiendo gemidos horripilantes. Pero de pronto, cesaron. Se volvieron ambos a mirar a la planta, se miraron de nuevo entre sí, y otra vez a la planta.

—Me la voy a llevar, si no te importa —susurró Emil—, De paso veré qué ocurre allá.

—Despierta a Lucien. Si hay alguien en el inver...

—No voy a despertar a nadie —masculló Emil—.

No deseo en modo alguno que nadie más oiga estos... llantos, o lo que sea, si se producen de nuevo. Te sugiero que te pongas la bata... Estás temblando.

—Pero no es de frío... Emil, yo voy contigo. Quizá haya alguien dentro del invernadero, y necesites ayuda... aunque sólo sea para tocar el claxon y despertar a Lucien. Y además... quiero llevar yo la planta. Ya no... no se la oye.

Emil Merton movió la cabeza con un gesto de resignación, y casi sonrió, aunque con expresión entre preocupada y perpleja. Ayudó a Claudine a ponerse la bata, directamente como él sobre el cuerpo desnudo, y señaló la planta.

—Ten cuidado, no vaya a morderte —dijo, ceñudo, aunque intentando sonreír.

Claudine tomó el tiesto con ambas manos. Emil abrió la puerta del dormitorio, y salieron los dos sigilosamente. Caminaron hasta el extremo del pasillo, y allí Emil accionó el interruptor de las luces del vestíbulo. Bajaron rápidamente, él abrió la puerta, salió en primer lugar y cuando estuvo ante el volante abrió la puerta derecha. Claudine salió corriendo, y se metió en el coche, cerrando la portezuela sin golpe, sólo por tracción, como había visto hacer a Emil. La lluvia resonaba suavemente en el techo del coche.

Más allá, el otro coche seguía reluciente, inmóvil, todas las luces apagadas. Dentro del invernadero seguía viéndose una luz que Claudine sabía ya que no era la habitual.

El motor del coche zumbó suavemente y Emil condujo muy despacio, sin encender ninguna luz. En pocos segundos pudieron ver mejor el coche. El ceño de Emil se frunció.

—Yo diría que es el de Madame Hidoine...

—Sí.. Sí que lo es.

—¿Y qué demonios hace aquí?

Claudine no contestó. La idea brotó de pronto en su mente. Intento acecharla, pero no lo consiguió. Todo le pareció de pronto clarísimo. ¿Qué hacia el coche de la viuda allí? Pues era muy sencillo: la viuda había decidido salir muy, muy temprano hacia Lyon, pero pasando por su invernadero para robarle algunas rosas rojas. Y la luz que todavía veían dentro era, ya sin duda alguna, la de una linterna... ¡La mala zorra!

Emil detuvo el coche detrás del de Madame Hidoine, y apagó el motor. De nuevo el rumor de la lluvia, suave, suave, suave... Dentro del invernadero, la luz de la linterna permanecía inmóvil.

—Ha venido a robarme rosas —dijo de pronto Claudine, furiosa.

—No digas disparates —gruñó Emil.

—Ya verás cómo es ella robándome rosas.

—Pues es una ladrona muy torpe, ha debido apagar la luz al vemos u oírnos.

—No debe de habernos visto ni oído: ¡está muy ocupada destrozando mi rosal!

—Bueno, bueno, cálmate.

—Estoy calmada. ¡Pero esa lesbiana me va a oír, te lo aseguro!

Claudine salió airadamente del coche, entrando rápidamente en el invernadero. Emil se reunió en seguida con ella, y caminaron ambos hacia el fondo, donde se veía la luz. A medida que se acercaban se fueron dando cuenta de la extraña posición de la luz. Parecía que estaba en el suelo.

—¿Madame Hidoine? —Llamó Emil—. ¿Es usted quien está ahí?

—¡Es absurdo que se esconda ahora! —Dijo Claudine—. ¡Hemos visto su coche delante de la puerta!

Allá dentro hacia más calor que en la casa, donde la calefacción era discreta, no casi tropical, como en el invernadero.

—¿Madame Hidoine? —insistió Emil.

Silencio.

El resplandor levísimo que esparcía la linterna a su alrededor, Emil Merton vio unas grandes tijeras de podar, y las agarró, con gesto resuelto, mientras Claudine seguía caminando hacia la linterna. Efectivamente, estaba caída en el suelo, y su haz de luz iba hacia los soportes de unas cuantas de sus pequeñas plantas carnívoras. Muy cerca de la linterna, Claudine vio una rosa recién cortada, y al lado, las tijeras pequeñas de jardinería que habían sido evidentemente utilizadas hacía poco.

—Es inútil que se esconda usted —dijo Claudine, dejando el tiesto que sostenía en su soporte, e inclinándose acto seguido para recoger del suelo la rosa y la linterna—, ¡Y la voy a denunciar por esto, se lo aseguro! ¡Salga de donde esté, ladrona!

Movió la linterna.

El haz de luz pasó sobre algunas plantas, y fue hacia el árbol «caníbal». Allá estaba «Phillip», con sus pequeñas y hermosas hojas tan gráciles. Directamente bajo él, metido entre sus carnosas y delgadas ramas tentaculares colgantes, Claudine vio algo amarillento. Bajó la luz. Había algo amarillento y algo de un color tabaco, o parecido. Un poco más hacia el interior de la pequeña selva que «Phillip» creaba a su alrededor, tan tupida que no permitía que se viese su tronco, había otro tono color tabaco. Y entre ese tono color tabaco y el otro más pequeño, aquello amarillento.

La luz de la linterna arrancó leves destellos al oro.

Emil llegó, tomó la linterna de manos de su esposa, y dio un paso más hacia «Phillip». Claudine distinguió entonces lo que era aquella cosa amarillenta: una pierna humana, una pierna en cuyo tobillo, bajo la fina

media, relucía suavemente la cadenita de oro. Se veía la pierna hasta un poco más arriba de la rodilla; luego, estaba la tela del vestido, de color tabaco, haciendo juego con el zapato de Madame Hidoine.

Claudine lanzó una exclamación de rabia, y Emil chascó la lengua con disgusto.

Claudine se acercó a «Phillip», se inclinó, y asió el tobillo por encima de la cadenita de oro.

—¡Salga de ahí, estúpida! —Casi gritó, dando un fuerte tirón de la pierna —. ¡Para esconderse hay que tener más...!

Se calló de pronto.

Tras ella, Emil lanzó una exclamación de horror.

Claudine tardó un poco más en reaccionar. Estuvo quizá un par de segundos mirando la pierna que había sacado de entre las ramas tentaculares de «Phillip».

Sólo la pierna, de la que se desprendió el trozo de vestido, manchado de un líquido oscuro.

Solamente la pierna, hasta mitad del muslo. Luego, ya no había nada más. No había cuerpo a continuación de la pierna. Había sacado de entre las ramas de «Phillip» solamente una pierna, seccionada brutalmente a mitad del muslo, que goteaba sangre espesa y reluciente.

—Dios... mío... —oyó Claudine a Emil, tras ella.

Soltó la pierna. El zapato saltó del pie cuando éste golpeó en el suelo. La luz hacía brillar la cadenita de oro, y la media finísima que la cubría, que daba un siniestro color a toda la pierna... A todo lo que quedaba de pierna. El borde de la media seccionada se adhería a la carne y a la sangre...

Claudine Merton abrió la boca, la cerró, la abrió de nuevo, como si se estuviese asfixiando. Su rostro estaba blanco como leche, sus ojos se desorbitaron, giraron... y acto seguido la aterrada botánica se desplomó hacia atrás, sin proferir ni siquiera un gemido. Su cuerpo chocó contra las piernas de Emil, y rodó hacia un lado.

El círculo se luz se apartó de la pierna seccionada de un cuerpo humano, y cayó sobre el lívido, desencajado rostro de Claudine Merton.

CAPITULO IV

La luz la cegó, pero se apartó en seguida de sus ojos. Sintió los golpecitos en una mejilla y, como de muy lejos, le llegó la voz de Emil.

—Claudine... ¡Claudine, por el amor de Dios, reacciona!

Claudine parpadeó. De pronto, se sentó de un brinco y su boca se abrió al máximo, expresando en aquel gesto el súbito terror que la invadió. Pero el grito no llegó a salir de su boca más que como un sofocado suspiro, pues Emil le puso la mano sobre ella, apretando fuertemente.

—¡No grites! —Jadeó Emil—, ¡Maldita sea, no grites!

Claudine se quedó inmóvil, desorbitados los ojos, la mano de su marido tapando con fuerza su boca. Despacio, se relajó.

—Tienes que serenarte —oyó a Emil—. ¡Por lo que más quieras, tienes que serenarte, Claudine!

La mirada de Claudine fue hacia «Phillip». Allá, en el suelo, vio la pierna, con el nomeolvides. Todo su cuerpo se estremeció fuertemente. Fue como si acabase de recibir una descarga eléctrica tremenda.

—Ya sé que es espantoso —susurró Emil—, pero tenemos que conservar la calma. ¿Puedo retirar la mano? ¿No gritarás?

Ella movió negativamente la cabeza, y Emil retiró la mano. Claudine se llevó las manos al rostro, y se echó a llorar. Emil la tomó de los brazos y la puso en pie, abrazándola seguidamente.

—Claudine, Claudine... No llores, mi vida... Tranquilízate, por favor, querida, por favor...

Claudine quiso decir algo, pero todo lo que consiguió fue un tartamudeo violento, que hizo chocar sus dientes.

—Te diré lo que vamos a hacer —susurró Emil, siempre abrazándola—. Lo he estado pensando en el minuto que has estado desvanecida... Nos... nos llevaremos de aquí la... la pierna de ella, y la enterraremos en alguna parte...

—Dios mío... Dios mío... —consiguió articular por fin la aterrorizada Claudine.

Su marido la abrazó más fuertemente. Claudine se sentía inmersa en el más atroz espanto de toda su vida. Había sucedido... ¡Había sucedido! ¡«Phillip» había devorado a Madame Hidoine! ¡Dios...! Pero no. No era posible. ¡No!

Se desasió de los brazos de Emil, y se volvió a mirar de nuevo la pierna seccionada. ¿Y si se trataba de algún extraño accidente... que había dado lugar a una terrible amputación de la pierna de Madame Hidoine? En ese caso, claro, el resto del cuerpo estaría bajo las ramas de «Phillip». Pero... ¿qué clase de accidente tan terrible se podía tener allí dentro?

—Emil —jadeó—. Emil, mira debajo del árbol por si...

—Ya he mirado.

—¿Y... y...?

—Claudine —él la tomó por los brazos—. Claudine, vas a hacer

exactamente lo que yo te diga. Sin replicar. Escucha, no quiero que esto se sepa, sería terrible, no quiero ni imaginar lo que podría ser de ti, de mí... Tenemos que deshacemos de esa pierna. Yo me encargaré de eso. Mientras tanto, tú ve a nuestro coche, regresa a casa y acuéstate. Volveré en cuanto me sea posible, no iré muy lejos.

—Pe-pero, ¿qué... qué vas a hacer...?

—Voy a meter la pierna de Madame Hidoine en una bolsa de plástico de esas grandes de tierra preparada, y me la voy a llevar lejos de aquí, tres o cuatro kilómetros. Me iré en el coche de ella, y lo dejaré por ahí. Enterraré la pierna en otro sitio, y volveré.

—Pero... tendrás que... volver a pie...

Emil Merton lanzó una maldición, y durante unos segundos pareció encontrarse en un callejón sin salida. Pero pronto encontró la solución.

—Tendrás que venir conmigo. Sígueme con nuestro coche, y así no tendré problemas para volver cuando termine. Escucha, enterraremos la pierna, y dejaremos el coche en otro lugar. Cuando echen de menos a Madame Hidoine y se pongan a buscarla, acabarán por encontrar el coche. Si lo dejamos entre unos pinos cerca de la carretera creerán que quizá recogió a alguien bajo la lluvia, y que esa persona o personas se la han llevado, o lo que sea. Tal vez, la asaltaron, la violaron y luego la mataron... ¡Algo así! Y podrán buscar todo lo que quieran, pues nunca encontrarán la pierna... ni lo demás.

Claudine se estremeció, y se llevó una mano a la boca, mordiéndose los dedos. Movió repetidamente la cabeza a derecha e izquierda. Se negaba a creer aquello. Oh, sí, pronto despertaría, y lanzaría un suspiro de alivio al comprobar que todo había sido una horrenda pesadilla...

—¿No me escuchas?

—¿Eh...? ¿Qué? —miró como alucinada a su marido.

—¡Tienes que serenarte del todo, no podemos perder más tiempo! ¡Tenemos que hacer todo eso mientras sea de noche, Claudine!

—Sí... Sí. Oh, pero no... No, Emil, deberíamos... deberíamos... llamar a la Policía y...

—¡No! ¿Por qué hemos de complicarnos la vida por esa mujer que nunca te gustó? ¡Además, la culpa ha sido únicamente de ella, no tenía ningún derecho a entrar aquí y robarte flores! ¡Claudine, no quiero que esto se sepa, sería una locura llamar a la Policía! ¿No te das cuenta de que una cosa así podría dar lugar a que perdiéramos la felicidad y tranquilidad de que estamos disfrutando?

—Sí, pe-pero...

—¡Maldita sea, ella ha tenido la culpa! ¿Por qué hemos de pagar nosotros las consecuencias? ¡No quiero complicarme la vida por ella, ni por nadie! ¡Y tú tampoco tienes por qué hacerlo!

—Está... está bien... Dime qué... qué tengo que hacer...

—Ve al coche —suspiró Emil—, y cuando yo me vaya conduciendo el de ella, ven detrás. No enciendas las luces mientras puedas evitarlo. Y no te

acerques demasiado al coche de ella. ¿Dónde hay palas, o picos, o lo que sea, para cavar un agujero? Llévame ahí y vete al coche. ¡Vamos, no perdamos más tiempo!

Partieron tan sólo tres minutos más tarde. Y regresaron ya casi de día, pero lo bastante oscuro, debido a la lluvia, para que nadie pudiera fijarse en ellos con detenimiento. Además, por fortuna, vivían fuera del pueblo, aislados en el gran parque de la villa de los Drummond. En la casa todos dormían aún, así que tampoco por este lado tuvieron contratiempos.

Emil insistió en que volvieran a la cama, y que, como algunos otros días, se levantaran un poco tarde, hacia las nueve o incluso algo más. Así que se acostaron de nuevo, y todas las luces apagadas, se quedaron mirando a través de los cristales del balcón la lluvia y el lento clarear del día.

Claudine estaba segura de que nunca olvidaría aquella hora de su vida. ¡Nunca! Ni el momento en que vio a Emil transportando el saco de plástico con la pierna hacia el interior del bosquecillo, lejos de donde habían dejado el coche.

¡El coche!

Se volvió hacia su marido.

—Emil... Emil, el coche... Al entrar en nuestro coche lo habrás ensuciado de barro...

—Sí. Me he limpiado bien los pies en la alfombrilla. Pero no te preocupes, cuando nos levantemos la limpiaré bien. Tú limpia mis zapatillas en el cuarto de baño, que no las vea Monique sucias de barro... Ni mojadas. Las limpias y las escondes hasta que estén secas. Y lo mismo las batas... ¡Todo! No podemos descuidar ni un solo detalle, o entonces, si llegaban a saber que hemos ocultado los hechos, sería peor que si los hubiésemos denunciado a la Policía... Ahora estamos a salvo, pero pensemos por sí hemos descuidado algo... Vamos a repasarlo todo, y haremos lo que tengamos que hacer, pero no te preocupes, mi amor —la atrajo suavemente—. No nos ocurrirá nada. ¡No permitiré que a ti te ocurra nada!

* * *

—Bien —la miró amablemente el doctor Savard—: ¿qué le ocurre, señorita Delcour? Estoy convencido de que no será nada grave... ¡Su aspecto es magnífico!

—Gracias —sonrió Sonia—. Es usted muy amable.

—No tengo más remedio que serlo —sonrió Ives Savard, sentado tras la mesa del heredado consultorio—. Desde que llegué aquí no he recibido más que amabilidades, en todo momento y circunstancias. La verdad es que mi idea inicial fue echar un vistazo al lugar y ver por mí mismo si realmente hay posibilidades que justifiquen que me quede.

—¿Qué clase de posibilidades? ¿Ganar dinero?

—Bueno, eso es importante, ¿verdad? —Sonrió de nuevo Ives—. Y

además, todo aquel que trabaja debe recibir siempre una remuneración. De todos modos, eso no me preocupa demasiado. Ya tenía algo de dinero, y mi buen tío Pierre roe ha dejado todavía mejor colocado, ya que no tenía hijos, y yo era su sobrino preferido.

—¿Quiere decir que se lo ha dejado todo a usted, y nada a los demás sobrinos?

—Es que soy su único sobrino.

—Ah —Sonia rió un poco turbada y divertida a la vez.

—Respecto a lo de las posibilidades —la miraba con suma atención Ives —, me refería a las profesionales. Ya sé que en un pueblo tan pequeño como éste no ganaré demasiado dinero, pero quizá profesionalmente valga la pena Nunca se sabe... aunque si tío Pierre permanecía aquí, por algo sería. Como le conocía bien y sé que era un viejo granuja, ahora comprendo por qué se quedó aquí.

—¿Por qué?

—Pues... debe de ser muy agradable tener pacientes como usted, naturalmente.

—¡Oh, pero yo no era paciente de su tío! —Volvió a reír la encantadora rubia—. ¡Nunca he estado enferma!

—Eso pensé al verla. No ahora, sino en el cementerio. Fue usted muy amable al venir al entierro, considerando que no era paciente de mi tío.

—Bueno, fui con los Merton...

—Ah, sí. Los recuerdo. El es un hombre muy cordial, y la señora Merton me pareció encantadora. No tanto como usted, claro, sea dicho con todos los respetos hacia la señora Merton.

—Me parece usted bastante... lanzado, doctor.

—Sí, lo soy. Y a propósito de eso: ¿cenaría usted conmigo?

—¿Aquí? —rió de nuevo Sonia.

—No hay nada tan agradable como pasear en coche bajo la lluvia. ¿Qué le parecería si fuésemos a Niza?

—Me deja usted pasmada —aseguró Sonia—. ¡Es un médico un tanto peculiar, diría yo!

—En absoluto. Como médico soy muy serio, pero sucede que ni soy su médico ni usted está enferma, así que podemos charlar digamos de particular a particular... aunque no creo que haya venido usted con esa finalidad, ¿verdad?

—No... ¡No! —siguió riendo Sonia.

—Lástima. Desde que la vi en el cementerio no he podido dejar de pensar en usted, y me estaba preguntando cómo podría iniciar el acercamiento.

—¿Se está burlando de mí?

—¿Es usted fea, señorita Delcour?

—¿Fea? Pues... Bueno... yo diría que no. Más bien creo... que soy bastante bonita.

—Ahí tiene. ¿Le parezco yo tonto?

—¡No!

—Ahí tiene —repitió Ives Savard—: soy un tipo listo que ha visto a una preciosa y simpática muchacha. ¿Es sorprendente que buscase el modo de hacer contacto?

—Cielos... ¡Es usted arrollador!

—Me gustaría saber si eso significa que no le gusta mi modo de ser o que, por el contrario, cenaremos juntos.

—Tengo el presentimiento de que me encantará cenar con usted, doctor. ¡Oh, estoy segura! —rió una vez más.

—Yo también estoy seguro de que me espera una noche sensacional. Bien, y ahora que hemos solucionado los asuntos frívolos, dígame: ¿cuál es el motivo de su visita?

Sonia suspiró y murmuró:

—Es sobre la señora Merton.

—¿Está enferma? —Se sorprendió Ives—, ¡Tan sólo con una llamada telefónica yo habría...!

—Ella no sabe que estoy aquí. Le he dicho que venía al pueblo sólo a comprar unos libros y papel.

—Ah.

Se quedó mirándola fijamente. Sonia miró hacia la ventana, y estuvo así unos segundos antes de volver a mirar al muy atento y ahora circunspecto Ives.

—El señor Merton sí lo sabe —dijo—. La verdad es que los dos estamos preocupados por la señora Merton.

—¿Qué le ocurre exactamente a la señora Merton?

—No lo sabemos. Eso es lo malo. Parece... que no le ocurre nada, pero está... muy rara. Se lo hice notar al señor Merton en un aparte, y él dijo que, naturalmente, ya lo había notado, y que estaba muy preocupado. Le sugerí que convendría llamar al médico, y él dijo que faltando el doctor Duverger... Bueno...

—No se preocupe —murmuró Ives—. Es normal que los pacientes sientan apego hacia el médico que conocen bien... y que les conoce bien. De todos modos, cuando se necesita al médico hay que adaptarse a la realidad, ¿no le parece? Si mi tío ya no está, pues otro. Y no lo digo por mí. Los señores Merton tienen derecho a elegir el médico que quieran.

—Bueno, yo... le sugerí al señor Merton que usted podía muy bien ser el médico de su esposa, pues parecía muy... muy serio, y además, si tiene el fichero de su tío... tendrá el historial de la señora Merton. Lo cual no tendrá otro médico.

—Tendré que darle a usted una comisión —sonrió Ives—, Pero sigamos hablando de la señora Merton. Dice usted que no saben exactamente lo que tiene, así que dígame al menos qué creen ustedes que le puede estar ocurriendo, qué hace, qué dice, si tiene apetito... cosas así.

—La verdad es que casi no come. Y me temo que tampoco duerme mucho

estos últimos días. Está... como ausente, como si estuviese pensando en otras cosas... lejanas y desagradables.

—¿Y hace unos días o semanas no era así?

—No.

—¿Cuánto tiempo hace que está en ese estado insólito en ella?

—Yo empecé a notarle algo raro al día siguiente al del entierro de! doctor Duverger. Se me ha ocurrido que quizá ella haya quedado muy afectada precisamente por la muerte de su tío.

—No —negó categóricamente Ives—. Aquella tarde, la señora Merton estaba afligida, y naturalmente se comportó muy correctamente en el duelo, pero su estado... digamos anímico era normal en una persona de su edad, posición y vitalidad. Me pareció una persona contenía de vivir y muy feliz. Si la muerte de mi tío la hubiese afectado tanto, ya se le habrían notado esos síntomas entonces, ¿no cree?

—Sí... Supongo que sí.

—¿Qué dice el señor Merton al respecto? ¿Encuentra él alguna posible explicación?

—No. Aparte de lo de las plantas carnívoras.

—¿Las qué? —se pasmó Ives.

—La señora Merton es botánica. Tiene un enorme invernadero, en el cual, entre muchas otras plantas, hay bastantes carnívoras. Estamos escribiendo un libro sobre ellas. Es decir, lo escribe ella, yo sólo soy su secretaria... aunque también entiendo bastante de botánica.

—Ya. ¿Qué dice el señor Merton sobre esas plantas?

—Hasta hace tres días, la señora Merton se llevaba cada noche, como invitada, una de las plantas carnívoras a su habitación, para tomar notas y estudiarla a fondo en un ambiente... diferente al del invernadero.

—Una curiosa invitada —frunció el ceño Ives—.

¿Entiendo que la señora Merton ha abandonado esa costumbre?

—Así es. Desde hace tres días. O tres noches.

—Sí, entiendo. ¿Le ha dicho a usted algo sobre ese cambio de costumbres con las plantas carnívoras?

—No. La verdad es que hace tres días la veo muy poco, no trabajamos apenas, esquiva muchas de mis preguntas... Está como,., asustada. Sí, yo diría que muy asustada.

—Pero ni usted ni el señor Merton saben exactamente por qué. Sólo que puede estar relacionado con las plantas carnívoras.

—Eso creemos.

Ives Savard estuvo reflexionando durante medio minuto. Por fin, asintió con un gesto.

—Estos días los he dedicado a ordenar un poco esto, y como ya lo tengo todo a mí gusto, creo que ha llegado el momento de que me dé unas vueltas por el pueblo y alrededores, para agradecer personalmente a mis vecinos sus atenciones. Se me ocurre que podría empezar por los señores Merton. Les

haré una visita de cumplido, y así podré invitarla oficialmente entonces a usted, a fin de que la señora Merton no sepa que hemos hablado antes. ¿Es eso lo que quería pedirme usted en su nombre y en el del señor Merton?

—Pues si —sonrió Sonia—. Sí.

—Entonces, perfecto. Y para dar mayor verosimilitud a todo, y puesto que creo que vive cerca de los Merton, visitaré también a la señora Hidoine... Es una viuda muy atractiva.

—Ya veo que se ha enterado usted de muchas cosas —replicó un poco hoscamente Sonia.

—¿Tiene celos de Madame Hidoine? —Sonrió Ives—, ¡A ella no la he invitado a cenar!

—Ni podría hacerlo. Hace tres días se marchó a Lyon, a visitar a unos amigos.

—Ah... ¡Ah! ¿Hace tres días?

—Sí. ¿A qué hora vendrá usted?

Ives, que había quedado un instante pensativo, murmuró:

—Hacia las seis. Es una buena hora para que los señores Merton puedan invitarme a un whisky, o coñac, o algo así. Y dígale al señor Merton que no se preocupe, que seré todo lo discreto que él está deseando.

—Gracias. Bien... me voy ya.

—¿Me permite un consejo profesional, señorita Delcour?

—¿Un consejo profesional? ¿Para quién? ¿Para el señor Merton?

—Claro que no. Para usted: debería hacerse un chequeo. Y no es que observe en usted ningún síntoma maligno, en absoluto, pero soy partidario convencido de la medicina preventiva. ¡Usted no sabe la de males que se ahorraría la Humanidad si acudiera al médico antes de estar enfermos!

—¿No le parece que soy muy joven para preocuparme per esas cosas? —se sorprendió Sonia.

—Precisamente: usted es tan joven y bonita que me encantaría hacerle un chequeo.

—Según parece —rió Sonia—, ya vuelve usted al terreno personal.

—Estoy hablando muy en serio.

—En ese caso, es posible que acepte su consejo... cualquier día de éstos. Le esperamos a las seis, entonces.

—Más o menos. Pero que no se note que me esperan. La acompañaré a la puerta.

Salieron del despacho, y, ya en el vestíbulo, Ives ayudó a Sonia a ponerse el ligero gabán, y le entregó el paraguas. Ella le tendió la mano y él, sonriendo tras mirarle la boca, se la estrechó. Soma Delcour salió de la casa del fallecido doctor Duverger con la sensación casi quemante de que el insólito y joven médico acababa de besarla en la boca. Y el hormigueo que sintió en las piernas no fue precisamente desagradable.

Dentro de la casa, Ives Savard había vuelto al despacho de su tío. Se acercó al fichero, y sacó la carpeta que contenía la historia clínica de Claudine

Merton, de soltera Drummond. Hacía más de quince años que su tío se había ocupado de la señora Merton, es decir, cuando todavía era la señorita Drummond, y según las anotaciones hechas con cierta periodicidad, Claudine Drummond era una persona magníficamente sana y equilibrada en todos los aspectos. Solamente tenía una deficiencia física: no podía tener hijos. Pero esto no parecía que hubiese alterado nunca el resto de su organismo, ni su equilibrio psíquico. Ninguna clase de trastornos por una causa u otra. Emil Merton también tenía ficha, pero se cuidaba menos que su esposa. Sólo se había visto en la necesidad de avisar a Pierre Duverger un par de veces, por afecciones gripales. Ni siquiera se hacía el chequeo de periodicidad aproximadamente anual, como Claudine.

Sin saber por qué, Ives Savard extrajo las carpetas con el apellido Hidoine al guardar las de los Merton. El pobre señor Hidoine, ciertamente, había pasado sus dos últimos años de vida bastante fastidiado, y por lo que ponía allí, el fallo cardiaco definitivo no podía sorprender a ningún médico. La señora Hidoine —Adele Ferron de soltera— tenía dos cosas a su favor: una edad magnífica para estar en plenitud física —35 años— y una salud formidable. En la ficha sólo constaba una faringitis. Tres días y a otra cosa. Nada más.

Bueno: ¿y por qué había mirado él las fichas de los Hidoine, vamos a ver?

Encogió los hombros, guardó las fichas, y miró su reloj de pulsera. La perspectiva de volver a ver a la señorita Delcour era lo bastante agradable como para hacerle pensar que aquél era un día espléndido.

Afuera llovía.

CAPITULO V

—Es usted muy atento, doctor Savard —murmuró Claudine, tendiéndole la mano un tanto lánguidamente.

—Es el mejor modo de conseguir clientes, Madame —sonrió simpáticamente Ives; y amplió más su sonrisa—, Espero que haya comprendido que es una amable broma por mi parte. La verdad es que pensé que no estaría de más corresponder a las atenciones de todo Eze..., y pensé que podía empezar por ustedes.

Soltó la mano de Claudine, que había encontrado fría e inerte. Claudine le observaba con ligero desconcierto. Emil tendió su mano al visitante.

—¿Y por qué nosotros, doctor? —preguntó.

—Pues la verdad es que estuve echando un vistazo al fichero de tío Pierre, y me llamó la atención la ficha de su esposa, señor Merton. Es una mujer muy inteligente.

—¿Inteligente? —Se sorprendió Claudine—, ¿Por qué dice eso? ¿Dice en mi ficha de su tío que yo soy inteligente?

—De un modo implícito, Madame. La persona que cuida su salud antes de sentir que ésta se está deteriorando es muy inteligente. Y usted, desde hace quince años, ha estado haciendo eso.

—Es verdad. Bueno... simple precaución.

—Los precavidos también son inteligentes —sonrió Ives.

—¿Ha venido usted a halagarme? —casi sonrió Claudine.

—Es lo menos que puedo hacer cuando espero que me invite a un buen coñac, Madame.

Hubo un instante de pasmo en la expresión de Claudine. Acto seguido, ésta no pudo evitar una blanda carcajada. Emil también rió, y señaló a Sonia, que permanecía de pie cerca de Claudine, un poco más atrás.

—¿Conoce usted a la señorita Delcour, doctor?

—Tuve la satisfacción de verla en el cementerio. Y | digo satisfacción, se entiende, refiriéndome a su amable gesto de acudir. La verdad es que no esperaba que mi tío tuviera tantos amigos.

—En un pueblo pequeño una persona de la calidad de su tío no puede tener nunca dificultades en hacer amigos.

Ives asintió, tomando la mano de Sonia, sonriendo.

—¿Cómo está, señorita Delcour?

—Muy bien, gracias.

—Lo celebro. En ese caso, quizá aceptaría usted cenar conmigo esta noche.

Incluso Monique, la doncella que a un gesto de Emil estaba ya sirviendo el coñac, quedó pasmada mirando al apuesto Ives Savard. Soma enrojeció levemente. Claudine estuvo un instante con la boca abierta antes de murmurar:

—Dios mío... ¡No es usted de los que pierden el tiempo, doctor!

—Madame: perder el tiempo es el mayor pecado que puede cometer un ser humano. ¿Qué otra cosa tenemos, aparte del tiempo, es decir, de la vida?

Claudine palideció intensamente, e Ives se dio perfecta cuenta de ello, pero simuló pasarlo por alto, manteniendo su sonrisa. Era muy cierto que Claudine Merton estaba muy desmejorada. Saltaba a la vista. La recordaba de tan sólo cuatro días atrás, cuando la vio en el cementerio: entonces, pese a su gesto afligido, Madame Merton ofrecía un aspecto saludable y hermoso. Ahora estaba pálida, asustada, como sometida a una presión angustiosa.

—Es una buena filosofía —acertó a decir por fin Emil.

—Que espero sea compartida por la señorita Delcour. ¿Cuento con usted, señorita Delcour, para una simpática cena en Niza, por ejemplo?

—Bueno, yo... no sé si podré...

—Claro que sí —sonrió Emil—. Es decir, si usted lo desea, Sonia. No creo que Claudine la necesite durante la noche,

—No —murmuró Claudine, reaccionando—. Claro que puede ir con el doctor Savard, querida.

—Gracias... —inclinó la cabeza Savard—. Oh, el coñac. Gracias, jovencita.

Monique no pudo contener una risita, e inmediatamente se sofocó, colocando la bandeja ante Emil, que tomó también una copa de coñac. Las damas habían negado con un gesto, y la doncella llevó la bandeja a una mesita, y se retiró. Claudine se sentó, lo hizo acto seguido Sonia, y luego Emil e Ives. Este saboreó el coñac

—Caramba... —dijo—. ¡Caramba!

—Tiene más de veinticinco años —rió Emil.

—Se nota. Pero todavía estará mejor cuando tenga cuarenta. Como algunas damas.

Miró a Claudine, que se sofocó un poco, mientras Emil reía Sonia, pese a que ya conocía el increíble desparpajo de Ives, miraba a éste sin salir de su pasmo.

—Tienen ustedes una casa muy hermosa... —dijo Ives—. ¿Todo el parque que la rodea le pertenece?

—En efecto —dijo Ives—. La propiedad de los Drummond es muy ¿ande. Oh, bueno, ya sabe que mi esposa es una Drummond, supongo.

—Lo vi en su ficha. En realidad, señor Merton, conozco a su esposa mejor que usted... Por dentro, quiero decir. En cuanto a usted, temo que voy a reñirle.

—¿De veras? —Casi rió Emil—. ¿Por qué?

—Porque no hace lo mismo que su esposa, esto es, revisión periódica más o menos anual. A propósito de esto, y como quiera que mi pobre tío Pierre últimamente no podía atender muy bien a sus clientes debido a su propia enfermedad, se me está ocurriendo que yo debería ponerles a ustedes al corriente.

—Al corriente... ¿de qué?

—De salud. Y no crean que me guía el interés crematístico cuando les digo: ¿por qué no vienen un día de éstos a mi consulta los dos, para convencerme de que están sanísimos? Podríamos aprovechar para incluir a la señorita Delcour entre las personas más sanas de Francia, haciéndole también un chequeo.

Emil Merton miraba con expresión entre admirada y agradecida a Ives. Era tanto como decirle que aprobaba su forma de llevar el asunto a fin de poder visitar médicamente a Claudine en breve ¡Gran astucia la de Ives Savard, sin duda!

—No está mal pensado —dijo Emil—, Yo ya he cumplido los cuarenta, y supongo que debo empezar a pensar en esas cosas.

—Es el mejor modo de llegar a los cien —aseguró Ives—. La verdad es que me he propuesto que Eze sea el pueblo más sano de Francia, y espero conseguirlo con la medicina preventiva...

—Le aseguro a usted —dijo Sonia— que yo no he cumplido los cuarenta, doctor.

—Lamentable.

—¿Cómo, lamentable? —respingó la muchacha, mientras los Merton miraban de nuevo desconcertados a Ives.

—Quien ya ha cumplido los cuarenta, sabe que ya nadie se los va a quitar. ¡Cuarenta años de vida ya! Pero los que, como usted y yo, ni siquiera hemos alcanzado los treinta... ¿podemos asegurar que alcanzaremos los cuarenta?

—Verdaderamente —rió Emil—, sus filosofías son un poco excéntricas, doctor. Sin embargo, no deja de tener algo de razón. En cuanto a esos chequeos, yo estoy de acuerdo. Díganos usted cuándo podemos ir a su consulta.

—Les llamaré mañana para concretar día y hora, si les parece bien... Deben de vivir ustedes muy tranquilos aquí, Madame.

—Sí —murmuró Claudine—. Sí, en efecto.

—A veces, realmente, la gente cansa un poco. Pero ustedes están fuera de ese riesgo: al venir hacia aquí he visto solamente una casa relativamente cerca de ésta, a !a izquierda del camino.

—Ah, sí... —dijo Emil—. La de los Hidoine. Bueno, ahora sólo vive en ella la viuda de Monsieur Hidoine. Usted debió de fijarse en ella en el cementerio, sin duda. Es pelirroja.

—Ah, sí... Sí, es cierto, la recuerdo. ¡Una dama muy... saludable y atractiva! Si dispongo de tiempo al salir de aquí pasaré a saludarla también, para agrad...

—Está en Lyon —dijo rápidamente Emil.

—Ah, en Lyon. Posiblemente la principal ciudad gastronómica de Francia. Espero que Madame Hidoine no se aficione demasiado a la buena mesa. La obesidad no entra en mis cálculos sanitarios de Eze. Aunque si la recuerdo bien, yo diría que Madame Hidoine está lejos de ese peligro... por el

momento.

Al principio, Ives Savard había decepcionado un poco a Sonia Delcour, pero ahora lo estaba comprendiendo todo viendo las miradas reposadas pero profundas que el joven médico dirigía amablemente con mucha frecuencia a Claudine. Savard hablaba y hablaba, pero todo era una cortina de humo para que nadie se diese cuenta de la mucha atención visual que estaba dedicando a Claudine Merton.

—Me parece —reía Emil— que también piensa usted proponerle a Madame Hidoine que acepte un chequeo anual.

—Por su bien, naturalmente. Aunque me parece que tampoco ella tiene los cuarenta. De todos modos, recuerdo un caso en el que una persona de menos de cuarenta años...

* * *

—Al principio casi me llegué a creer que es usted un charlatán poco menos que bobo —dijo Sonia, volviendo la cabeza hacia él—, pero pronto supe que no. Ha hablado usted mucho, doctor... pero no ha perdido de vista a Madame Merton.

—Espero que ella no se haya dado cuenta —murmuró Ives.

—No lo creo.

Ives asintió. Conducía su coche bajo la lluvia por la 564, esto es, la Mayenne Corniche, que unía Montecarlo con Niza, en dirección a la primera, cuyas luces se veían ya, como un resplandor difuso bajo la fina lluvia, a lo lejos.

—Realmente —dijo de pronto—, me preocupa Madame Merton, si he de ser sincero.

—Ya se lo dije.

—Sí. Está... angustiada. Su aspecto físico ha desmejorado bastante en estos pocos días, pero eso no tendría demasiada importancia si no estuviese bajo la presión de una gran angustia. Su expresión es la de un... animalillo acorralado. Dígame una cosa, Sonia: ¿quizá Emil Merton ha intentado algo con usted? Ya me entiende.

—El señor Merton no sólo es un caballero, sino que además, y espero que lo haya usted observado, está muy enamorado de su esposa.

—Sí, lo he estado observando también a él, y eso me ha parecido. Sin embargo... Dígame: ¿ha estado él fuera de casa estos tres días últimos? Quiero decir... ¿quizá ha hecho algún pequeño viaje?

—No, ninguno. Viaja con frecuencia por la costa, pues Madame Merton tiene intereses en varios puntos, y él es su administrador, pero precisamente estos días casi no se ha movido de casa... ¿Por qué pregunta eso?

—Porque Madame Hidoine, la viuda pelirroja, y vecina de los Merton, es una mujer hermosa, yo diría incluso que espléndida... y me ha parecido observar algo extraño en los ojos de Madame Merton cada vez que yo

mencionaba a Madame Hidoine.

—Y se le ha ocurrido que quizá la viuda Hidoine y el señor Merton podían ser amantes y que él estaba yendo a visitarla a Lyon estos días.

—Era una posibilidad.

—Olvídela.

—Muy bien. Sin embargo, hay algo de Madame Hidoine que tiene... preocupada o impresionada a Madame Merton. ¿Se le ocurre a usted qué puede ser?

—En absoluto. Bueno, Madame Hidoine es una mujer que vive sola, quizá se aburre bastante cuando está en Eze, y se dedica a visitar a sus conocidos, para pasar el rato. No siempre es oportuna cuando viene de visita a casa de los Merton, pero no creo que eso sea motivo para provocar angustia en Claudine.

—No, ciertamente. No. Bueno, espero saber manejar bien a Madame Merton cuando venga a visitarse pasado mañana... que es el día en que le daré hora, a ella y a su marido. Y ahora, vamos a cambiar de tema por unos minutos, si le parece bien, señorita Delcour

—Desde luego. ¿De qué podemos hablar? —sonrió la muchacha.

Ives Savard sacó cuidadosamente el coche de la carretera, deteniéndolo en un pequeño ensanchamiento. Paró el motor y apagó todas las luces. Ya más cerca, Niza enviaba su iluminación, convirtiendo el interior del coche en un pequeño reducto en penumbra dorada. Ives se volvió hacia Sonia, que le miraba expectante.

—Pues podemos hablar de la lógica de la vida —dijo Ives.

—¡Sabia que me saldría con una de las suyas! —rió Sonia.

—Lo que significa que empezamos a conocernos. Bueno, vamos a hablar de la lógica de la vida. Henos aquí a dos jóvenes apuestos e inteligentes que se miran con agrado, que van a cenar y divertirse un poco en Niza, que simpatizan y que, naturalmente, consideran que la vida es demasiado hermosa para perderla en tonterías. ¿Está usted de acuerdo, señorita Delcour?

—Por completo —rió Sonia.

—Entonces, habida cuenta de todo, y de que usted me gusta muchísimo, y que la tengo flechada desde que me vio en el cementerio, y que los dos somos mayores de edad, libres, honestos y razonablemente apasionados, ¿no le parece una tontería que andemos con «señorita Delcour» por aquí, «doctor Savard» por allá, y que todavía no nos hayamos besado?

—Una tontería enorme —asintió Sonia.

—Sabía que estaríamos de acuerdo.

La abrazó, la atrajo, y la besó en la boca.

A partir de ese momento, ciertamente, el doctor Savard y la señorita Delcour se olvidaron por completo de Claudine Merton y sus tribulaciones.

* * *

Allá estaba otra vez el llanto, los gemidos de dolor y de terror.

Claudine sabía perfectamente que, como las tres noches anteriores, no había traído planta alguna a su dormitorio. Y sin embargo, como las otras noches, oía de nuevo los gemidos de dolor, muerte y espanto.

Llenaba toda la habitación, como algo tangible que flotase en toda ella, en todos los rincones.

Junto a ella, Emil dormía. Oía también su profunda y acompasada respiración. Envidiaba a Emil. Y, de un modo vago, como difuso, sentía que empezaba a sentir hacia él un odio que la tenía aterrada. ¿Cómo podía sentir aquello hacia el hombre al que tanto amaba, que se había comprometido tanto por ella, por su amor? ¿Cómo podía sentir ese naciente odio hacia Emil sólo porque éste tuviera un sistema nervioso más estable que el de ella?

Pero él dormía, y ella estaba sola de nuevo con los gemidos de la planta. ¡Otra noche más! La primera noche después de lo ocurrido con Adele Hidoine, Claudine había despertado a Emil, que tuvo no poco desconcierto y sobresalto ante el hecho de que, sin estar allí la planta carnívora, se oyesen sus gemidos. Pero éstos cesaron pronto, y finalmente Claudine se durmió abrazada a Emil.

La segunda noche duraron más tiempo, pero Emil no despertó. Y ahora estaban durando más que nunca. Era como... como si la planta carnívora estuviese llena de rabia y prolongase su llanto exigiendo algo.

Pero, ¿qué? ¿Qué quería, por qué lloraba... cómo podía ella oír sus gemidos si la planta no estaba allí?

Tuvo la idea, que en seguida le pareció descabellada, de que la planta se hubiera desplazado por sí sola y estuviese ahora escondida en cualquier rincón del dormitorio. ¡Qué locura! Pero la oía. ¿Cómo era posible? Y además, ¿cómo era posible que una planta llorase y gimiese? ¿Y por qué lo hacía? ¿Quizá porque «Phillip» había devorado a una persona... casi completamente?

Cada vez que pensaba en la pierna humana con el nomeolvides en el tobillo, Claudine se estremecía, y sentía unas náuseas que iban aumentando. ¡Por Dios, sólo había quedado una pierna de Adele Hidoine! ¡Y todos creían que estaba en Lyon,..!

¿Qué pasaría cuando finalmente se supiera que no era así, cuando no la encontrasen en parte alguna? Porque «Phillip» la había engullido, eso estaba claro. La había engullido.

La había engullido.

La había engullido.

¿Dónde estaba el cuerpo de Adele Hidoine? ¿En el tronco de «Phillip», rápidamente convertido en abono, en savia, en jugo vital para el árbol caníbal?

Claudine sentía como martillazos en las sienes, como si su cabeza se hubiera convertido en un tambor aporreado sin piedad, salvajemente. ¡Y aquel llanto que no cesaba...!

De pronto, cesó.

Claudine quedó tensa, con los ojos muy abiertos fijos en el blanco techo en el que se reflejaban movimientos de los brillantes hilos de lluvia del exterior. Volvió la cabeza hacia el balcón, y suspiró lenta y contenidamente. ¡Por fin! Por fin, como las noches anteriores, habían cesado los gemidos de la planta. Se fue relajando, suspirando con frecuencia. ¡Estaba tan cansada...!

Volvió desmayadamente la cabeza para mirar el reloj de esfera luminosa. Eran sólo las once menos cinco. ¡Las once, nada más! Normalmente, a aquella hora ella y Emil tomaban una copa mientras terminaban de ver la televisión, o después que el programa hubiese terminado. Pero tras las noches anteriores sin apenas poder dormir se había sentido tan cansada que aquella noche no había querido ver la televisión, y se habían acostado antes. Pero no como otras veces para hacer el amor, no habría podido hacerlo. ¡No podía hacerlo desde que...! Por fortuna, Emil era comprensivo, se hacía cargo de su estado de ánimo. ¿Cómo podía pensar tan siquiera en odiarle? ¡Qué barbaridad...!

El timbrazo del teléfono sobre la mesita de noche le causó tal sobresalto que, lanzando un alarido, se sentó en la cama. Emil se revolvió en la cama, farfulló algo, y acto seguido se volvió hacia ella.

—¿Qué...? —empezó.

El teléfono emitió otro timbrazo. Un timbrazo normal, pero que a Claudine volvió a parecerle espantosamente fuerte. Emil se sentó en la cama, y encendió la luz de su mesita de noche.

—Maldita sea... —masculló—. ¿Quién demonios puede ser a estas horas? Bueno, contesta, querida... ¿Qué te pasa?

—No... no sé —se llevó Claudine una mano al pecho—. ¡Me he asustado!

El teléfono seguía sonando. Emil miró con cariñosa sonrisa a su esposa, y se inclinó hacia ella para besarle un hombro.

—Es sólo el teléfono, mi amor... —frunció el ceño—. Quizá sea Sonia, que llame para advertirnos que vendrá más tarde de lo previsto, o algo así. Yo diría que el joven médico le ha caído muy bien. Oh, vamos, querida, contesta, por favor.

—Sí... Sí —Claudine giró la cintura, alargó el brazo, y descolgó el auricular—, ¿Diga?

—Ah, Claudine, es usted... —dijo la voz de Adele Hidoine—. Perdone que la moleste a estas horas, pero...

Claudine Merton ya no oyó nada más. El auricular del teléfono escapó de su mano, resbaló sobre la cama, y cayó en la alfombra con blando sonido. La voz de Adele Hidoine se oía ahora como un lejano murmullo.

Claudine Merton abrió la boca, desorbitó los ojos, y lanzó el más agudo, aterrorizado, espantoso alarido que pudiera brotar de garganta humana... mientras en su alborotada cabellera comenzaban a brotar mechones de una blancura nívea.

CAPITULO VI

Los dos comprendieron que algo sucedía apenas divisaron la casa entre la lluvia, tan iluminada. Sonia parpadeó, desconcertada, y miró a Ives, que, captando el gesto, murmuró:

—Algo ha ocurrido.

En cuestión de segundos, Ives detenía el coche detrás del de Emil Merton, que estaba delante mismo de la casa. Saltaron los dos del vehículo, y corrieron hacia la casa. Lucien estaba allí, y miró con expresión de alivio a Ives.

—¡Gracias a Dios, doctor! ¡Ha ocurrido algo espantoso! ¡La señora Merton...!

Ives ya no le escuchaba. Dejando atrás a la asustada Sonia, corría escaleras arriba a velocidad pasmosa. En e! amplio pasillo casi tropezó con Jeanne, la cocinera, que estaba en camisón y bata. Ni la miró. Vio abierta la puerta de uno de los dormitorios, oyó las voces dentro, y se precipitó hacia allí. Alrededor del lecho vio a varias personas: la doncella Monique, Emil Merton, la viuda Hidoine... Pero las vio como una nebulosa, no le interesaban en absoluto en aquel momento.

Las apartó y se inclinó sobre Claudine Merton, que se agitaba violentamente, moviendo la cabeza de un lado a otro, desorbitados los ojos, espumeando por la boca. Intentaban sujetarla, pero estaba claro que no podían conseguirlo.

—Dios mío —jadeó Ives.

Se sintió paralizado un instante al ver el rostro de Claudine, lívido y desencajado, los ojos casi fuera de las órbitas... y los blancos mechones de cabellos que no estaban así unas pocas horas antes. Era espantoso.

—Tienen que sujetarla como sea... —jadeó—. ¡Como sea!

—¿Qué ocurre? —exclamó Sonia, en la puerta, palidísima.

Ives volvió la cabeza hacia ella.

—Dile al criado que hay abajo que suba aquí inmediatamente a ayudarnos. Y toma —sacó una llave que tiró a las manos de la muchacha—: ve a mi casa, recoge el maletín de visitas que verás en el despacho, y tráemelo inmediatamente. ¡No corras: vuela, Sonia!

—Sí... Sí.

Tras una mirada de desconcierto a Adele Hidoine, que estaba impresionadísima, Sonia salió corriendo del dormitorio. A los pocos segundos, entraba apresuradamente el jardinero Lucien, asustado.

—¡Ayúdenos! —Gritó Ives—. ¡Tenemos que impedir que siga moviéndose! ¡Vamos, ayúdenme todos! ¡Todos!

Consiguieron inmovilizar a Claudine lo suficiente para que Ives controlase su cabeza. Le apretó salvajemente las mandíbulas, obligándola a abrirlas, y con un dedo tiró de la lengua; acto seguido, colocó en la boca su pañuelo. Vio

sobre la mesita de noche una pitillera, y la metió también entre los dientes de Claudine, cuyo bonito camisón estaba empapado en sudor y salpicado de espuma.

Sonia debió de volar, o poco menos, en efecto, porque estuvo de vuelta en menos de diez minutos. Llegó jadeante, y tendió el maletín a Ives, que lo abrió rápidamente, preparó una dosis de calmante, y lo inyectó en la vena a Claudine, sujetada ahora fuertemente por todos. La dosis, exagerada a propósito, hizo su efecto, y apenas dos minutos más tarde, Claudine Merton yacía inmóvil, empapada en sudor.

—Traigan una toalla grande, o varias —dijo Ives—, Ayúdeme, señor Merton: vamos a quitarle el camisón.

Emil Merton asintió. Parecía aterrado. Ayudó a Ives a dejar completamente desnuda a Claudine, y luego ambos procedieron a secarle el cuerpo con las toallas. Las sábanas de la cama fueron cambiadas. Poco después, Claudine, desnuda, seca y bien arropada con un par de mantas, yacía silenciosa e inmóvil, contemplada por todos. Ives se secó el sudor de la frente con una de las toallas, y dijo:

—Hay que llamar a Niza, para que envíen cuanto antes una enfermera a fin de que pase la noche junto a la señora Merton.

—Yo... yo puedo hacer eso, doctor, si lo desea —tartamudeó Lucien.

—Sí, hágalo, gracias —suspiró, miró a Lucien salir del dormitorio, y de pronto miró a Adele Hidoine—. Tenía entendido que estaba usted en Lyon, Madame.

—Sí. Yo... yo... yo... Bueno, repesé esta... esta...

—Será mejor que salgamos todos de aquí —señaló Ives hacia la puerta—. Ella descansará varias horas seguidas, no hay cuidado. Creo, señor Merton, que nos hemos ganado todos una copa de su magnífico coñac.

—Sí... Sí. ¡Por Dios, ha sido... horrible!

—Usted también está transpirando mucho. Será mejor que se seque y se ponga otro pijama y una bata. Le esperamos en el salón, si no le importa.

—No... Bajaré en seguida. Aunque dejar sola a Claudine...

—Ya le he dicho que no se preocupe. Además, antes de una hora tendremos aquí a una enfermera, que sabrá lo que tiene que hacer si durante la noche ocurriese algo nuevo. Salgamos todos.

Cuando llegaron abajo, Lucien había telefoneado ya, y dijo que una enfermera se ponía en camino inmediatamente hacia allí. Ives asintió, y quedó pensativo. Sonia miraba con sorpresa todavía a Adele Hidoine, que estaba pálida y muy nerviosa. Monique sirvió varias copas de coñac. Cuando Emil se reunió con todos en el salón, Ives ya estaba degustando apaciblemente el coñac.

—¡Por más que pienso...! —empezó Emil.

—Tómese un coñac, señor Merton. La verdad es que no sirve de nada, pero como todos estamos convencidos de que es así espero que nos mentalice para que nos tranquilicemos. Me gustaría saber qué ha pasado, pero sólo

cuando ustedes puedan... coordinar bien y hablar sin excitarse.

Emil Merton asintió, tomó una copa de coñac, y se dejó caer en un sillón. Tras beber un par de sorbos y encender un cigarrillo, miró a Ives, que permanecía de pie.

—Si quiere que le diga la verdad, no entiendo nada —dijo.

—Bueno, dígame simplemente lo que ha ocurrido que usted pueda explicar.

—De acuerdo. Yo estaba durmiendo. El timbre del teléfono me despertó. Le dije a Claudine que contestara, pues el teléfono está en su mesita. Ella contestó y... Bueno, dejó caer el teléfono, y se puso a gritar como... como si hubiera enloquecido, y de pronto, se desmayó. Yo intenté reanimarla, pero no despertaba. Estaba... muy asustada, porque vi esos cabellos blancos... ¡Por Dios!

—Evidentemente, su esposa se llevó un susto horrible, señor Merton. Y me inclino a creer que fue debido a la llamada telefónica. ¿Quién llamaba?

—Fui yo —dijo con voz aguda Adele Hidoine.

—¿Y qué dijo usted. Madame? —la miró sorprendido Ives.

—En… en realidad no me dio tiempo a decir nada. Le estaba dando una explicación de mi llamada cuando oí el grito. ¡Dios mío, se me pusieron los pelos de punta! Creí... No sé, creí que había pasado algo... extraño, quizá un cruce en la línea... No sé. Colgué, y al poco volví a llamar, pero el teléfono comunicaba...

—Hasta que yo lo colgué —intervino Ives—. Bueno, primero llamé a los criados, pues no sabía qué hacer yo solo. Claudine seguía desmayada, todos hablaban... Vi el teléfono descolgado, y lo coloqué en su sitio. Al poco, volvió a sonar, y contesté. Era Madame Hidoine. En seguida me preguntó qué había ocurrido, y se lo expliqué rápidamente. Le pregunté si era ella quien había llamado antes, y dijo que sí, claro, que había oído el grito y que por eso volvía a llamar, aunque dadas las circunstancias ya se las arreglaría de otro modo...

—Se las arreglaría ¿en qué?

—Estaba ya muy cerca de aquí, de regreso de Lyon —tomó de nuevo la palabra Adele Hidoine— cuando tuve una avería en el coche. Por suerte había cerca un parador, bueno, un bar, algo así. Pensé que debía llamar a un mecánico, pero ya eran las once, así que... Bueno, recordé que los señores Merton solían ver la televisión hasta el final, y pensé que al señor Merton no le molestaría ayudarme. Quizá fue un poco desconsiderado por mi parte, pero...

—Claro que no —murmuró Emil.

—Bueno, eran las once... En fin, expliqué mi pequeño problema al señor Merton, y él me dijo que Luden estaba despierto, y que me lo enviaba con el coche a recogerme. Le dije dónde estaba, Luden llegó pocos minutos más tarde, y después de pasar mis cosas al coche del señor Merton y dejar el mío fuera de la carretera, vinimos hacia aquí. Luden me explicó lo que ocurría, y naturalmente vine por si podía ayudar. Así que subí... subí arriba, y cuando...

cuando ella me vio...

—O sea, que ya se había recobrado Madame Merton.

—Sí —dijo Emil—. Finalmente conseguimos que volviera en sí. Estaba... estaba calmada entonces. Muy postrada, pero calmada, parecía como... una sonámbula, o algo así. Yo le preguntaba qué había ocurrido, y ella decía.., decía que no estaba muerta...

—¿Que no estaba muerta? ¿Quién? ¿Ella misma?

—No sé. Sólo decía que no estaba muerta, pero creo que no se refería a ella. Y cuando... cuando vio a Madame Hidoine se puso... a gritar, como enloquecida, y comenzó a salirle espuma por la boca... Bueno, ya vio usted cómo se puso. Estábamos desesperados, no sabíamos qué hacer. Y como usted estaba en Niza con Sonia...

—Sí. Veamos: ¿el gran ataque se produjo en su esposa cuando ella vio a Madame Hidoine?

—Fue?.., sí. Sí. Dijo... dijo que no estaba muerta... o que estaba muerta, no sé...

—Pero eso no tiene sentido, señor Merton. Madame Hidoine: 0qué le dijo usted a Madame Merton cuando ésta se puso al teléfono?

—No recuerdo exactamente, pero sólo pude decir unas palabras, algo así como que me perdonase por molestarla a esas horas... eso fue todo.

—¿Solamente le dijo usted eso?

—Solamente eso. ¡No tuve tiempo de más! ¡Oh, Dios mío, cuánto siento haber hecho esa llamada...!

—Madame, si usted solamente dijo eso, no tiene por qué sentirse culpable de nada.

—Pero... ¿qué más podía decir? —se sorprendió Adele.

—Ives —dijo de pronto Emil—: ¿podría usted venir un momento a mi despacho?

Savard asintió, y ambos abandonaron el salón. Cruzaron el amplio vestíbulo, hacia el despacho de Merton, situado al otro lado. Ya dentro los dos, Emil cerraría puerta, tras encender la luz.

—Hay algo... que me tiene preocupado hace días, como usted sabe, Ives.

—Sí, en efecto. Usted y Sonia tuvieron una gran percepción, así que quizá debió avisarme antes.

—¿Antes? Escuche, hasta hace unos pocos días mi esposa era la mujer más encantadora y equilibrada que pudiera usted buscar en el mundo. Comprenderá que por unas cuantas rarezas de unos días no iba a alarmarme en seguida. Pero... finalmente, 1a verdad, empecé a preocuparme mucho. Yo tenía la esperanza de que no hubiera sido necesario decirle esto a usted, así que de momento tampoco se lo dije a Sonia...

—¿A qué se refiere?

Emil Merton se pasó la lengua por los labios.

—Hace unos días Claudine me despertó, de madrugada. Dijo que... Bueno

—Vamos, vamos, señor Merton. ¿Qué dijo?

—Dijo que la planta invitada aquella noche estaba llorando. Ella trae traía cada noche una planta al dormitorio para...

—Ya sé eso, ¿Su esposa dijo que la planta estaba llorando?

—Sí. Naturalmente, yo no oía tal llanto, pero no sabía qué hacer. ¡Ella lo decía tan... convencida y preocupada! Bueno, no se lo dije expresamente, pero admití vagamente que yo también la oía, y le dije que no debía preocuparse, que iba a sacar la planta de allí. De modo que, en plena madrugada, y lloviendo, me puse la bata y fui a llevar la planta al invernadero. Cuando volví, Claudine estaba más tranquila, y poco después dormía de nuevo. A partir de esa noche ya no trajo ninguna de esas malditas plantas al dormitorio, pero...

—¿Pero... ?

—Bueno, creo que a estas alturas ya es una tontería pretender seguir ocultando esto, y menos a usted, claro está. Lo cierto es que, pese a que ya no había planta alguna en el dormitorio, Claudine me ha estado despertando estas noches, siempre para decirme que la oía llorar. ¡Por Dios, era una Situación horrible!

—¿Oía usted la planta?

—¡Vamos, muchacho...! ¡Qué dice usted! ¡No la he oído en ningún momento, naturalmente! ¡Ni siquiera cuando la planta estuvo en mi dormitorio! ¿Cómo se le ha podido ocurrir a usted...?

—Calma, calma.

—¡Mi pobre Claudine! —Gimió Emil, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Esas malditas plantas deben de haberla vuelto loca!

—Evidentemente —murmuró Ives—, su esposa ha sido presa de un trastorno terrible. Y en mi opinión, de un modo u otro, Madame Hidoine tiene algo que ver con esto.

—¿Qué?

—Me llamó la atención que esa... ese comportamiento tan poco habitual de su esposa hubiera comenzado precisamente el día en que Madame Hidoine partió hacia Lyon. No sé, fue una corazonada, me pareció un hecho... asombrosamente coincidente. Sin embargo, así fue. Y fíjese usted en que precisamente al ver a Madame Hidoine ha sido cuando su esposa ha sufrido ese ataque nervioso tan terrible. Y que dijo algo respecto a que estaba muerta, o que no lo estaba...

—No entiendo nada. ¿Adónde quiere usted ir a parar?

—¿Son buenas amigas su esposa y Madame Hidoine?

—De un modo razonable. A decir verdad, Claudine no siente excesiva simpatía por Madame Hidoine.

—¿Quizá tiene celos de ella?

Emil quedó pasmado. De pronto, soltó una seca carcajada.

—¡Querido muchacho, pero si Claudine está convencida de que Adele Hidoine es lesbiana!

—¿Lesbiana? ¿De dónde ha sacado eso?

—Se le metió en la cabeza sólo porque Madame Hidoine lleva una cadenita de oro en el tobillo.

—Ah, sí, me he fijado... ¡Ah, claro! Entiendo —Ives sonrió hoscamente—. Sí, ya sé lo que se dice. Bien, en ese caso no creo que su esposa temiera que usted y Madame Hidoine...

—¡Claro que no! Vamos, Ives... Mire, soy un hombre que maneja mucho dinero, muchacho. Puedo engañar en eso a Claudine siempre que quiera. Me paso la mayor parte del día yendo a Niza, Antibes, sitios llenos de preciosas muchachas jóvenes y sin complicaciones. ¿Cree que me iba a liar con una viuda vecina de mi esposa?

—Sería una estupidez, ciertamente —admitió Ives—. Bien, de todos modos, persiste mi impresión de que Madame Hidoine tiene algo que ver con el estado actual de su esposa.

—Pues no se me ocurre qué puede ser, francamente. No son grandes amigas, pero ambas son muy educadas y corteses, se ven con alguna frecuencia, charlan... No sé qué decir. Y bien mirado, Claudine no debe de sentir una antipatía excesiva hacia Madame Hidoine cuando incluso le mostró el otro día sus plantas carnívoras.

—¿El otro día? ¿Qué día?

—Pues fue... Ah, sí. Precisamente fue el día que enterramos a su tío. Madame Hidoine nos pidió que la trajéramos a casa, pues había ido a! cementerio con los Piret, pero no quería molestarlos, ya que nosotros pasaríamos por delante de su casa. Comenzaron a charlar, y finalmente Claudine aceptó mostrarle el invernadero. Sí, fue la misma tarde del sepelio de su tío. Mire, Ives, no sé qué puede tener que ver Madame Hidoine en esto, pero yo estoy realmente preocupado por esas... alucinaciones o lo que sea que está padeciendo Claudine. Quisiera saber si usted...

—¿Puedo ver el invernadero, señor Merton? Ahora, si es posible. ¿Sería tan amable de acompañarme?

—¿Ahora? —Estaba pasmado Emil—. Sí, de acuerdo, pero temo que yo no le serviré de mucho. No entiendo nada de... ¿No prefiere que le acompañe Sonia? ¡Ella sí podrá contestar a sus preguntas!

—Excelente idea. Y me gustaría... que también viniera Madame Hidoine, si ella no tiene inconveniente.

—Se lo diremos... ¿Qué está usted pensando?

—Sinceramente: no lo sé. Pero vayamos al invernadero, y tal vez saquemos algo en claro.

* * *

—Entonces... —murmuró Ives—, ¿Madame Merton le dijo a usted que este árbol... devoraba personas?

—Sí... —asintió Adele Hidoine—. ¡Naturalmente, no lo creí! Pensé que quería burlarse un poco de mí. A veces me miraba... de un modo raro, como si

algo de mí la divirtiera y la irritase a la vez. No es muy amable, a veces, la verdad. Lo siento, Emil.

Emil Merton encogió los hombros. Había acudido también al invernadero, con Ives, Sonia y Adele Hidoine, la cual había explicado a Savard la conversación sostenida entre ella y Claudine, sin omitir detalle. Los cuatro estaban ahora mirando a «Phillip», el árbol filipino devorador de indígenas.

—De todos modos —dijo de pronto un tanto hoscamente Sonia Delcour—, Claudine no tenía ninguna obligación de cortarle unas rosas para usted, Madame Hidoine.

—Yo no he dicho eso —se defendió Adele—. Pero creo que si hubiera sido al revés yo no habría tenido carácter para negarle una rosa a una vecina y amiga. Oh, bueno, no creo que tenga tanta importancia, ¿verdad? ¡Si quiero rosas no tengo necesidad de mendigarlas a nadie, las compro y ya está! Hay millones de rosas como éstas en Francia, querida.

—Sonia —murmuró de pronto Ives, que había estado como ajeno a esta ultima parte de la conversación—: ¿qué tiene de... realmente peculiar este árbol llamado «Phillip»? Aparte de que es muy bonito, se entiende.

—No lo sé. Precisamente, Claudine lo está estudiando. Es una especie sobre la cual los botánicos discuten todavía acerca de su clasificación, y supongo que Claudina desea aportar algo aclaratorio al respecto. Sería un magnífico triunfo para ella.

—Claro. En cuanto a estas otras... plantas, ¿tienen alguna peculiaridad especial, parte de que comen insectos?

—¿Más peculiaridad que esa? Pues no. Ninguna. Bueno, hablando en términos científicos...

—No, no, no. Nada de términos científicos. Pregunto sobre alguna peculiaridad... muy especial, pero que cualquier persona pueda percibir, por ignorante que sea en materia de botánica. Cosas... realmente extraordinarias, como por ejemplo... ¡qué sé yo...! que alguna de estas plantas cambie de color, o que emita algún sonido especial...

—Claro que no, Ives.

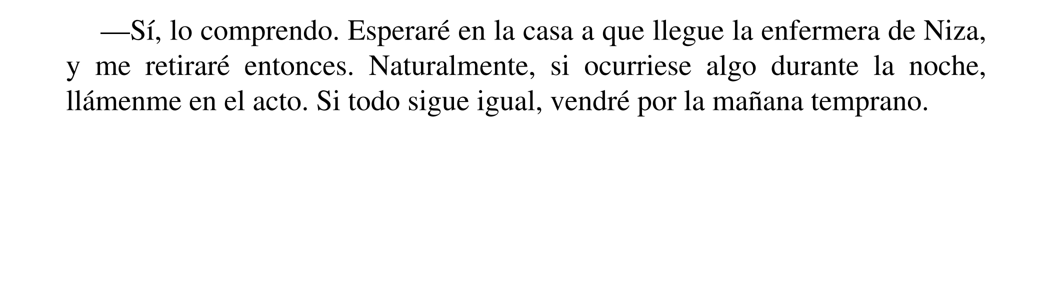
—Bueno —intentó sonreír Savard—, como dicen que las plantas sienten y hasta se hablan entre sí...

—Puede que entre sí So hagan —casi rió Sonia—, pero te aseguro que a mí jamás me han dirigido la palabra. ¡Oh, vamos, debes de estar haciendo alguna de tus bromas!

Ives miró a Emil, que le miraba a su vez como sorprendido, como si pensase no poco pasmado en el hecho de que Ives Savard hubiera creído por sólo un instante que las plantas, carnívoras o no, pudieran llorar.

—De acuerdo —dijo Ives—. Creo que todos debemos procurar descansar. Y sobre todo, asegurarnos de que Madame Merton también descansa, aunque sea bajo efectos de la droga. Salgamos de aquí... ¡Hace demasiado calor!

—Con una temperatura más baja casi todas las plantas que hay aquí morirían —dijo Sonia.



—Sí, lo comprendo. Esperaré en la casa a que llegue la enfermera de Niza, y me retiraré entonces. Naturalmente, si ocurriese algo durante la noche, llámenme en el acto. Si todo sigue igual, vendré por la mañana temprano.

CAPITULO VII

Ives Savard se sentó junto a la cama, en silencio, colocando cuidadosamente la silla. Se quedó mirando a Claudine Merton, la cual miraba con expresión vacía hacia el balcón. Afuera seguía lloviendo, pero ya muy poco; el día prometía sol.

Estaban solos en la habitación, por deseo expreso de Ives, que había aconsejado a la señorita Leclerc, la enfermera, que se retirara a descansar a uno de los dormitorios vacíos. Ives tomó una muñeca de Claudine, y las sensibles yemas de sus dedos buscaron el pulso. Le pareció prácticamente normal. Sin embargo, no le gustaba la expresión ausente en la mirada de Claudine.

De pronto, ella desvió los ojos hacia él, y murmuró, con voz tan tenue que Ives casi no la oyó:

—Está viva, ¿verdad?

Ives captó en seguida el exacto significado de la pregunta.

—¿La señora Hidoine? —murmuró—. Sí, en efecto, está viva.

—No debería estarlo: «Phillip» la devoró.

—¿La devoró?

—Sí. Dejó sólo una pierna. Precisamente, la del nomeolvides... Emil y yo fuimos a enterrarla.

—¿La pierna?

—Sí. La pierna de ella, de Adele Hidoine. Fuimos a enterrarla. Llovía.

—¿Recuerda usted dónde la enterraron?

—Desde luego. Fue horrible. Iodo fue horrible. Ella no debió entrar sin mi permiso en el invernadero para robarme rosas. Me robó una rosa del pequeño rosal rojo. La cortó. La mató. Luego, «Phillip» se enfadó con ella, y la devoró. «Phillip» es un árbol carnívoro filipino. Devora indígenas, ¿sabe usted?

—Sí. Sonia me habló de ese árbol anoche, Madame.

—Sonia es una chica muy bonita, ¿verdad? A usted le gusta.

—Así es —sonrió Ives.

—Usted también le gusta a ella. Me di cuenta en seguida. No sólo anoche, sino cuando estuvimos en el cementerio.

—Me gusta oír eso, Madame. Aunque, francamente, ya lo sabía. La propia Sonia me lo dijo ayer. Estuvimos cenando muy agradablemente, y luego tomamos unas copas. Bueno, intimamos bastante, usted ya entiende, Madame.

—Claro —sonrió suavemente Claudine—. Claro, entiendo. ¿Dónde está Emil?

—Está esperando mi autorización para entrar a verla. Anoche, antes de marcharme de aquí, prohibí que la visitase nadie, absolutamente nadie. Había tenido usted una crisis muy fuerte, y me pareció oportuno que no viese a nadie, salvo a la enfermera, hasta que yo la viese a usted esta mañana.

—La enfermera es una joven muy amable.

—Así ha de ser. Madame: ¿por qué dice usted que «Phillip» devoró a Madame Hidoine? Ya ha podido usted comprobar que ella está viva y perfectamente.

Claudine Merton no contestó, de momento. Volvió a mirar hacia el balcón. Ives la miraba atentamente, impresionado. Los mechones blancos resultaban sorprendentes y un tanto sobrecogedores. Y en el bello rostro de Claudine se notaban claramente las huellas del tremendo shock sufrido hacía diez horas. Llevaba el camisón que le habían puesto entre Ives y Emil, y se hallaba recostada en los almohadones. Parecía muy tranquila, motivo por el que Ives se atrevía a volver sobre el tema.

Claudine volvió a mirar a Ives, y susurró:

—Sin embargo, «Phillip» la devoró, y Emil y yo fuimos a enterrar la pierna, que es lo único que quedó de ella. No debió venir a cortar mis rosas. El rosal está frente a «Phillip», muy cerca. «Phillip» la vio cortando rosas, y corno sabía que yo se las había negado a la viuda Hidoine, se enfadó con ella, y la devoró. Luego. Emil metió la pierna en una bolsa de plástico, y fuimos a enterrar la pierna. No debió venir a robarme rosas rojas... ni ninguna otra cosa. Todo lo que hay en el invernadero es mío

—Por supuesto, Madame. ¿Le gustaría hablar un poco más sobre esto? Quizá la aliviaría mucho contármelo todo detalladamente, si se encuentra lo bastante bien para ello.

—Estoy bien. Lo estoy, ¿verdad?

Ives Savard titubeó un instante. Madame Merton parecía estar muy calmada, si no bien del todo. Claro que lo mejor era que la atendiese un médico especialista en enfermedades nerviosas, pero a fin de cuentas él también era médico, y quizá no fuese necesario inquietar a Claudina colocando ante ella un médico desconocido. Quizá eso fuese contraproducente, en definitiva.

—En mi opinión, sí, Madame. Mi intención es cuidar de usted personalmente durante un par de días más, y tengo la esperanza de que en ese tiempo todo se haya resuelto satisfactoriamente.

—Es usted muy amable —sonrió Claudine—. Y muy cariñoso... Como su tío, el pobre y querido Duverger. Estoy segura de que también es una buena persona como él.

—Creo serio, Madame.

—Y además, es guapo —sonrió de nuevo Claudine—, así que me gusta conversar con usted. ¿Quiere que le cuente con detalle lo que ocurrió?

—Me gustaría mucho, Madame, si cree que eso no la va a alterar.

—No lo creo. ¿Sabe?: ¡ella vino a robarme rosas...!

* * *

Eran casi las diez de la mañana cuando Ives salió del dormitorio de

Claudine. Afuera, en el pasillo, fumando nerviosamente, estaba Emil Merton, que en seguida miró expectante a Ives. También Sonia estaba allí, igualmente interesada y preocupada.

Fue Sonia la que preguntó en seguida:

—¿Cómo está?

—Creo que bastante bien. Parece muy calmada. Sin embargo —se adelantó al gesto de Emil—, yo preferiría que nadie excepto la enfermera estuviese con ella, señor Merton.

—¿Quiere decir que no puedo entrar? —musitó Emil.

—Sería preferible. Nadie debe entrar. Y menos que nadie, Madame Hidoine. Su esposa cree que ella está muerta.

—¡Eso es una locura! Oh, por Dios, mi pobre Claudine se ha vuelto loca... ¡Dios nos asista!

—Tengo la esperanza de que todo terminará bien. Pero insisto en que durante un par de días dejen a su esposa en mis manos y en las de la señorita Lecrerc. Comprendo que esto es duro para usted...

—Sí, lo es. Pero lo haré, Ives, naturalmente. ¡Daria cualquier cosa por que Claudine se repusiera cuanto antes... y totalmente!

—Se hará todo lo posible. Bien... ¿le molestaría a usted que yo entrase en el invernadero, señor Merton?

—¿A mí? ¡Claro que no! En el invernadero y donde quiera... Puede usted considerarse en su casa a todos los efectos, Ives.

—Gracias. De momento iré al invernadero.

—¿Qué espera encontrar allí?

—Su esposa dice que Madame Hidoine estuvo en el invernadero a robarle rosas, que cortó por lo menos una. Se me ha ocurrido que quizá veamos el tallo del cual la rosa fue cortada.

—¿Está usted hablando en serio?

—No perdemos nada mirando, ¿no le parece? También me ha contado su esposa lo de la... pierna de Madame Hidoine.

—¿Qué pierna?

Allí mismo, calmosamente, Ives Savard explicó lo que hacía unos minutos le había explicado Claudine a él. Y no habría sabido decir quién estaba más impresionado y aterrado, si Sonia o Emil. Los dos le escucharon con los ojos muy abiertos, incrédulos y asustados.

—Dios mío... —jadeó Emil—. Pero eso... ¡eso es una locura, una barbaridad!

—Creo que deberíamos ir al invernadero a mirar ese rosal

—¡No creerá usted semejante atrocidad!

—Veamos el rosal.

Quince minutos más tarde, el rosal había sido examinado concienzudamente por Ives, y de modo especial por Soma, que fue quien dictaminó, con tono firme:

—No ha sido cortada ninguna rosa de este rosal hace bastante tiempo, Ives.

Y no me preguntes si estoy segura: si así fuese, habría visto el tallo cortado.

—Está bien. ¿Te gustaría dar un paseo en coche conmigo?

—Pues... sí, claro, pero... ¿Adónde quieres ir?

—Evidentemente —murmuró Emil—. Ives quiere ir adonde Claudine ha dicho que enterramos la pierna de Madame Hidoine. ¿No es así, muchacho? Pero encontrar un sitio así...

—Su esposa me ha dado muy claras explicaciones, señor Merton. Y yo he confeccionado un plano —sacó un papel doblado— que ella ha aprobado, Según ella, éste es el sitio exacto donde usted enterró la pierna mientras ella esperaba en el coche.

Señaló la cruz hecha en el tosco pero clarísimo mapa. La ubicación de la cruz no admitía grandes problemas para localizar el lugar. Emil Merton movió la cabeza y gruñó:

—Espero que no se haya vuelto loco usted también, Ives. No cuenten conmigo para esa excursión. ¡Es demencial!

—Todo este asunto parece fuera de toda cordura, en efecto —aceptó Ives —. Sin embargo, Sonia y yo iremos allá. Con su permiso, nos llevaremos unas herramientas para remover la tierra.

Emil Merton soltó un bufido, y eso fue todo. Sonia y el joven y tenaz médico buscaron herramientas adecuadas, y poco después se dirigían en el coche de Ives hacia el lugar indicado por Claudine.

Ni siquiera diez minutos más tarde. Ives dejaba el coche junto a la carretera, y se dirigía hacia el interior de! pequeño bosquecillo de pinos, salpicado de algunas matas. Junto a él, Sonia, dispuesta a ayudarle.

Lo primero que Ives hizo observar fue que no se veía en toda aquella zona visible desde el coche ninguna señal de que la tierra hubiese sido removida. Sin embargo, esto podía ser debido a que había llovido bastante, y la tierra podía haber adquirido su aspecto normal toda igual, sin señal alguna de haber sido removida.

Ives Savard se aseguró bien de que aquel era el lugar, mirando el mapa, y calculando una y otra vez que sólo aquella parte del terreno podía ser visto desde el coche, estacionado donde se suponía que había estado

Claudine Merton esperando a su marido mientras éste enterraba la pierna.

—Tiene que ser por aquí —dijo Ives—. Lo primero que haremos será tirar fuertemente de estas matas, ya que, si fueron arrancadas y luego vueltas a colocar en su lugar sobre la pierna, las arrancaríamos fácilmente. Si las matas no ceden, querrá decir que no fueron removidas. Entonces, será fácil: sólo tendremos que cavar un poco en esta zona despejada.

A las dos y media de la tarde, con los riñones hechos papilla, los dos desistieron de seguir buscando. No sólo la pierna metida en una bolsa de plástico no apareció, sino que en toda la zona la tierra estaba dura, apretada. Y ni siquiera con tanta lluvia hubiese podido quedar así si cuatro días antes hubiera sido removida. Habría podido quedar bastante compacta, pero mucho más esponjosa de lo que estaba en toda la zona... que quedó convertida en lo

más parecido a la madriguera de una familia de topos.

—Ives —dijo Sonia, tras un suspiro—: si no como algo pronto me moriré de hambre.

—Eso no es nada —sonrió Ives.

—¡Cómo que no es nada...!

.—Quiero decir, comparado con morir devorado por un árbol.

—¡Oh, por favor! ¡Pobre Claudine!

—¿Tú también crees que está loca?

—Bueno, no sé... Nunca me pareció que tuviese el menor desequilibrio. Al contrario Pero se diría que con todos estos años, y sobre todo estos últimos meses, dedicada a las plantas carnívoras hasta el punto de estar escribiendo un libro, pues... se ha trastornado un poco. ¿No podría ser? ¡Como eso de que la planta carnívora lloraba en su dormitorio...!

—Sí —murmuró Ives—: ese es otro punto que queda por aclarar.

—¿Por aclarar? ¿Qué es lo que quieres aclarar?

—Me gustaría saber qué oyó Claudine.

—¿Qué había de oír? ¡Nada! ¡Vamos, querido, todo eso deben de haber sido figuraciones de Claudine, y sólo eso!

—¿Sabes? —Sonrió Ives, tomándola por la cintura—. ¡Me ha gustado mucho eso de «querido»!

—¡Te advierto que sigo teniendo hambre! —rió Sonia.

—Muy bien —Ives la besó en la boca—. Te invito a comer en Lyon.

—¡Acept...! ¿En Lyon? —Respingó Sonia—, ¡Está a más de trescientos kilómetros! ¿Cómo se te ha ocurrido semejante cosa?

—Me gustaría saber con quién estuvo Madame Hidoine en Lyon., si es que realmente estuvo allí. Aunque supongo que sí; sería... un fallo tremendo, de otro modo.

—No comprendo qué quieres decir.

—Si todo lo que Claudine me ha explicado fuese verdad, la bella viuda ha debido hacer las cosas muy bien. Naturalmente, nadie de aquí tenía por qué llamar a Lyon preguntando si ella estaba allí, y menos que nadie, claro está, los Merton... que habían enterrado su pierna, tan característica con el nomeolvides de oro. Pero si alguien hubiera tenido la idea de llamar a Adele Hidoine a Lyon, por supuesto que la habría encontrado allí, en casa de esos amigos suyos. Los cuales, ciertamente, asegurarán que la viuda ha estado todo el tiempo con ellos. Y como además, la viuda Hidoine tiene sus dos piernas, me pregunto: ¿de quién podría ser la pierna?

—¡Ives! ¡Estás desvariando! ¡Esa pierna, como todo lo demás, sólo ha existido en la mente de Claudine!

—Todo parece indicarlo así. No hay rosas cortadas, Madame Hidoine está viva y con sus dos piernas, las plantas carnívoras no lloran... ¿Conclusión? Pues que

Claudine Merton se ha trastornado. Tanto trabajo, tantas tonterías de plantas carnívoras... Lógico, ¿no?

—¿No?

—Vamos a casa de los Merton. Espero que nos invitarán a un tardío almuerzo. Bueno, tú ya eres invitada vitalicia... Vamos allá. Y aprovecharé para ver cómo sigue Claudine.

* * *

—¿No estaba la pierna? —susurró Claudine.

—No, Madame.

—¿Y no había señales de rosas cortadas en mi rosal rojo?

—No. Sonia lo examinó muy detenidamente.

—¿Y la viuda Hidoine estuvo viva todo el tiempo en Lyon?

—Ni siquiera rae he molestado en averiguar eso. Resulta por demás evidente, Madame.

—Y mi planta carnívora no lloró... ¿Verdad? Ni yo he estado oyendo en noches sucesivas el mismo llanto.

Ives Savard prefirió permanecer en silencio, mirando con suma atención a Claudine, suyo aspecto era en verdad lastimoso. Tenía profundas ojeras, su rostro se mostraba exangüe, sus blancas manos parecían sin vida. ¡Y aquellos mechones blancos en su cabellera...!

Durante un par de minutos, los dos permanecieron en silencio. De pronto, Claudine, que había quedado como hipnotizada, concretó su mirada en Ives y jadeó:

—De modo que tú también estás contra mí, ¿eh?

—¿Qué...?

—Maldito traidor —comenzó a incorporarse en la cama Claudine Merton —, ¡Maldito traidor, te has vendido a mis enemigos!

No dio tiempo a Ives a intentar ninguna defensa verbal. Inesperadamente, saltó sobre él, aullando como enloquecida, y sus blancas manos, unos minutos antes aparentemente sin vida, se clavaron en el cuello del joven y atlético médico.

—¡Te mataré! —Vociferó Claudine—. ¡Te mataré a ti también, te llevaré a «Phillip» para que te devore...! ¡Traidor, hijo de puta...! ¡Te voy a MATAR!

Ives Savard no sabía qué hacer. Los gritos de Claudine eran terribles, agudos, enloquecidos, y sus manos apretaban fuertemente en su garganta. Esto último no representaba problema alguno para Ives Savard, pues podía quitarse de encima de un manotazo a Claudine, pero se resistía a hacerlo. Y en su vacilación, Claudine continuó llevando la iniciativa del ataque, tan furioso, que derribó por fin de la silla a Ives, y ambos rodaron por el suelo, ella agarrada a su cuello con una ferocidad increíble, sin dejar de chillar, sin dejar de lanzar amenazas e insultos...

—¡HIJOPUTA, TRAIDOR, CERDO ASQUEROSO...!

La puerta del dormitorio se abrió, y en el umbral apareció Emil Merton, y tras él, Sonia, ambos con expresión desorbitada. Emil lanzó una exclamación,

y se abalanzó hacia ellos, gritando:

—¡Sonia, ayúdeme! ¡Se ha vuelto definitivamente loca!

—¡OS MATARE A TODOS! —Aullaba Claudine—, ¡A TODOS, MALDITOS CERDOS ..!

La aterrada Sonia se unió a Emil en sus esfuerzos para separar a Claudine de Ives, que finalmente, y en verdad ya molesto por la presión en su garganta, colaboró no poco eficazmente apartando a Claudine con cierta rudeza inevitable. Claudine casi cayó al suelo de nuevo cuando, sujetándola por los brazos, Emil la puso en pie, gimiendo.

—Claudine... ¡Claudine, mi pobre Claudine...!

Súbitamente, el cuerpo de ésta había perdido toda fuerza, parecía de goma. Había espuma en su boca, v los ojos estaban desorbitados y fijos.

—Está muerta —sollozó Emil Merton—, ¡Está muerta, está muerta, está muerta..,!

Ives, que se había puesto en pie, se acercó, lívido.

—No creo que esté muerta. Déjeme que...

—¡No la toque! —Lo miró súbitamente encolerizado Emil—. ¡No se acerque a mi Claudine, no la toque, maldito sea! ¡Fuera de aquí!

—Señor Merton...

—¡He dicho que salga de aquí... saiga de esta casa, no quiero verlo más por aquí! ¡FUERA!

—Pero, señor Merton, su esposa necesita...

—¡FUERA DE AQUI!

Ives estaba aturdido, apesadumbrado. Sonia no sabía qué hacer. En la puerta aparecieron los tres criados, y tras ellos, con expresión de asombro, la señorita Lecrerc, con la bata a medio abotonar.

— Doctor —exclamó la enfermera —, ¿qué...?

—¡Échelo de aquí! —Aulló Emil—, ¡Que se vaya, él la ha alterado con sus... sus malditas locuras...! ¡Fuera!

Ives Savard miró a la señorita Lecrerc, le hizo un gesto de asentimiento y en seguida abandonó el dormitorio. Se quedó en el pasillo, oyendo ¡os sollozos de Emil Merton y las expresiones compasivas de la cocinera Jeanne...

—¡Cierren esa puerta! —Gritó Merton— ¡Y si cuando salga de aquí veo a ese hombre le voy a descargar mi escopeta en su maldita cabeza!

Ives se dirigió escaleras abajo, entró en el salón, y se sirvió una copa de coñac, todavía pálido. Había ocurrido todo tan inesperadamente, carecía tanto de sentido, que aún le parecía que era una irrealidad absurda. Aun así, si la señorita Lecrerc no hubiera estado con Claudine no se habría alejado de ésta, no le habrían intimidado los gritos y amenazas de Emil Merton, sino que habría atendido a su enferma por encima de todo.

Pero, tan sólo seis o siete minutos más tarde, Claudine Merton dejaba de ser paciente de Ives Savard. La enfermera Sonia se reunieron con él en el salón, y la primera dijo en seguida:

—Será mejor que se marche, doctor. El señor Merton está fuera de sí, y sería capaz de hacer una barbaridad Dice que no quiere verlo a usted más. Piensa llamar a un especialista de Niza o de Marsella... Mientras tanto —sonrió comprensiva la señorita Lecrerc—, no se preocupe, que yo cuidaré adecuadamente de la señora Merton. Además, no creo que el especialista tarde más de una hora, o dos como máximo, y la señora Merton, de momento, se ha tranquilizado y duerme.

—Está bien. Arriba tiene usted calmante, por si vuelve a producirse una crisis antes de que llegue el especialista. Ya sabe lo que tiene que hacer si...

—No se preocupe

—Claro. Bien...

—Seguramente, el señor Merton se habrá calmado mañana, y todo se arreglará, doctor.

—Si Seguramente. Vuelva arriba, señorita Lecrerc: la paciente es lo primero. Y gracias por su colaboración.

La enfermera sonrió, y regresó al piso superior. Sonia no sabía qué decir, y cuando parecía que se le había ocurrido algo, Ives la atajó con un gesto.

—Me voy —murmuró—. Tú quédate aquí, y si ocurriese algo que la señorita Lecrerc no pudiese controlar, avísame inmediatamente.

—Pero... ¿qué ha ocurrido antes, Ives?

—Perdona, pero no tengo ganas de hablar ahora —la tomó de los brazos, sonrió como pudo, y la besó en la nariz—. No dejes de llamarme si ocurre algo que requiera mi presencia. No quiero complicar las cosas, pero tampoco quiero dejar a mi paciente hasta que se halle en manos competentes. Ya nos veremos.

CAPITULO VIII

Ives Savard abrió la puerta de su casa, y se quedó mirando sorprendido a Sonia Delcour. Luego miró a Luden, que junto a la muchacha, cargaba con un par de maletas. Sonia tenía un maletín en las manos.

—Me ha despedido —dijo Sonia, anticipándose a toda pregunta—. Ha llegado un médico de Niza y...

—Entra. Ya me lo explicarás todo después. Pase, Lucien. Y gracias.

Un minuto más tarde, Lucien regresaba con el coche a la casa de los Merton. Las maletas estaban en el vestíbulo. Ives y Sonia se sentaron en el saloncito, y el primero ofreció un cigarrillo a la muchacha.

—¿Has cenado ya?

—Sí. Comí algo hacia las siete y media. Luego, oí a Emil hablando muy excitado en el salón, v fui allá. Estaba diciendo que tú tenías la culpa de esta última crisis, y yo le dije que no era así, e intenté explicarle al doctor Brasset...

—¿Es el especialista de Niza?

—Sí. Llegó hacia las seis. Ya había examinado a Claudine. Bueno, cuando intenté defenderte, Emil me dijo que estaba despedida, así que hice mis maletas... y aquí me tienes. En Eze no hay ningún hotel que me guste.

Sonrieron los dos, aunque no poco preocupados, sobre todo Ives.

—De modo que ese doctor Brasset se ha hecho cargo de Claudine. ¿Qué opina de su estado? ¿Oíste algo sobre eso?

—Claro. Dice que la ve francamente mal, y que conviene ponerla inmediatamente bajo un tratamiento adecuado... Van a llevarla, de momento, a una clínica de Niza, aunque el señor Merton insiste en que sea llevada a París o a una clínica suiza. El doctor Brasset me pidió tu número de teléfono. Dijo que te llamaría.

—Muy ético. Comprendo a ese hombre, desde luego. ¿Cómo está Claudine?

—Parece más tranquila, pero no quiere ver a nadie, salvo a Jeanne.

—¿A la cocinera?

—No soporta a nadie más. Bueno, Jeanne lleva muchos años en la casa, desde que Claudine era una niña, y ambas se profesan mucho afecto. Tanto el doctor Brasset como la señorita Lecrerc opinan que lo mejor, de momento, es complacer a Claudine, así que sólo Jeanne está con ella.

—Estoy de acuerdo con la decisión de Brasset, por supuesto. Y no pienso hacer nada que pueda comprometer la recuperación de Claudine. Ahora bien, en lo que respecta a Emil Merton, sí pienso hacer algo. Mucho, mejor dicho.

—¿A qué te refieres?

—¿Estás segura de que Emil Merton y la viuda Hidoine no son amantes?

—Esas cosas nunca se pueden saber con seguridad —replicó Sonia—, pero yo juraría que no. Y hasta pondría la mano en el fuego.

—Entonces, no comprendo... Sin embargo, tiene que haber una explicación a todo este... juego diabólico. Tengo el convencimiento de que Emil Merton no es ajeno a todo esto, Sonia. El niega haber oído el llanto de la planta, haber enterrado la pierna... Todo eso. Pero Claudine insiste en ello. ¿No te parece que si todo es falso Claudine demuestra poseer una imaginación extraordinaria, increíble, alucinante? ¿No te parece que todo sería más creíble si realmente hubiese visto lo que dice que vio... que si lo hubiese imaginado? Es más fácil para mí creer que dice la verdad a creer que todo ha sido imaginado. Tiene que haber algo por lo que Merton desee deshacerse de su esposa. Pero si: quisiera heredarla, por ejemplo, o quedar libre para reunirse con la viuda Hidoine, habría arreglado las cosas de modo que Claudine muyese. Y no. Parece conformarse con lo que sea... recluida en su «clínica». Eso, a la corta o a la larga, será beneficioso para ‘Claudine, que se recuperará. Así que... ¿qué pretende Emil?

—¿No eres tú el que está derrochando imaginación ahora?

—No. ¡Ella vio lo que dice que vio, todo pasó en la más absoluta realidad, Sonia! Oh, vamos, es absurdo pensar lo contrario. Así que Merton lo ha preparado todo. Y creo que con la ayuda de Adele Hidoine. La llamada de ésta, anoche, no fue casual: lo habían preparado así, para darle el gran susto a Claudine, que creía muerta a la viuda. Te diré lo que he estado pensando... Merton y la viuda lo prepararon todo. La viuda fue al invernadero con una rosa conseguida en otro sitio, con la linterna, con la pierna..,

—¡Ives!

—¡Déjame explicártelo! Montaron el escenario. Emil Merton no dormía, esperaba la hora en que, de un modo u otro, debía llevar a Claudine al invernadero, y que viese todo aquello. Luego, hicieron lo que dice Claudine: se fueron a enterrar la pierna. Peto Emil no la enterró, sino que la dejó allí. Poco después de que ellos se hubieron marchado, liego Adele Hidoine, con su coche, pues Merton lo había dejado en un sitio convenido con ella, al que la viuda llegó a pie. Quitó el nomeolvides suyo de la pierna humana, y llevó ésta a otro sitio, ya elegido y preparado, donde, efectivamente, la enterró. Luego, simplemente, se fue a Lyon con sus amigos. Como nadie tendría que llamarla, se dedicó a divertirse, mientras Claudine la creía muerta. Y mientras ella se divertía, Merton seguía... «trabajando» a su esposa con todo eso de los gemidos y llantos, o de cualquier otro modo. Finalmente, el gran momento: la viuda Hidoine llama a Claudine. Por supuesto, a una hora convenida, así que Merton insta a Claudine para que sea ella la que conteste... Y, como habían previsto, Claudine, ya bastante desequilibrada emocionalmente por lo sucedido, entra en una crisis nerviosa que, posiblemente, superó lo previsto. Luego, claro está, ninguno de los dos sabe nada de nada... ¡y nadie podrá probarlo. Mientras tanto, la crisis de Claudine aumenta esta tarde, para mí de un modo desconcertante, pues parecía muy tranquila ya. Y ahora, esa pobre mujer está en vías de ser llevada a una clínica mental. ¡Esto es lo que en todo momento ha deseado Emil Merton! Pero, ¿para qué? ¿Por qué? ¡Tiene que

haber un buen motivo:

—Ives, si todo eso que has dicho fuese verdad, significaría que... que... ¡Oh, Dios mío, hay una pierna humana de por medio! ¿De dónde la sacaron?

—De una chica de las muchas que sin duda conoce Emil Merton por ahí, y a la que él debió citar secretamente, la asesinó, le cortó la pierna, la llevó a Eze tras enterrar bien profundamente el resto del cuerpo...

—¡Dios mío! ¡No puedo creer una cosa así!

—Tiene que haber algo... ¡Tiene que haber algo por lo que Merton ha querido desembarazarse aunque sea momentáneamente de su mujer! ¿No discutían, no tenían problemas personales, o disputas por la administración de él respecto a los bienes de ella...? ¡Tiene que haber algo, Sonia!

—No. Nunca discutían, siempre se estaban haciendo carantoñas, todo iba perfectamente. ¡Puedes estar seg...!

Se calló de pronto. Ives se irguió vivamente en el sillón.

—¿Qué? —Casi gritó—, ¿Qué?

—Bueno... Sí, discutieron una vez. Una sola vez, hace unos meses. Realmente, ni siquiera liego a discusión, fue sólo un momento un poco tenso. Emil Merton le dijo a Claudine que había recibido una fantástica oferta por la propiedad de los Drummond, es decir, por la casa y todo el terreno, claro. Creo que una urbanizadora quería hacer una urbanización de lujo en la zona, y le habían propuesto comprar la propiedad. El precio era fabuloso, pero Claudine dijo que jamás vendería la casa de su familia, y que además no necesitaban ese dinero. Emil insistió un poco, y fue cuando la cosa se puso tensa, pero terminó en seguida. Emil se conformó, y que yo sepa, no han vuelto a hablar del asunto.

—No... —susurró Ives—, ¡No se conformó! Comprendió que su mujer nunca vendería, pero no se conformó, sino que empezó a pensar en el modo de conseguir sus propósitos: vender la propiedad, engañar a Claudine consiguiendo una comisión importantísima para sí mismo, y disponer así de dinero propio por si alguna vez decidía dejar a Claudine y perder de ese modo contacto con la fortuna de ésta. ¡Y te diré más, por si crees que yo soy el loco!: también a la viuda Hidoine le iban a comprar la casa heredada del viejo señor Hidoine, su marido... pero la urbanizadora quería las dos propiedades, no una sola, y menos la de la viuda Hidoine sola, mucho más pequeña. Las querían las dos. Así que, unidos por intereses comunes ya que no por el sexo, Emil y Adele lo tramaron todo. El quería conseguir lo que te he dicho. Ella, seguramente harta de un pueblo pequeño, quería mucho dinero para irse a vivir a Niza, o París... ¡Nunca conseguirían mejor oferta! Y decidieron conseguir que la venta se realizase. Lo prepararon así pues Emil no quería que

Claudine muriese, quizá porque todavía la ama realmente... ¡Pero lo han hecho, Sonia!

—¿Y mataron a una muchacha amiga de Emil para tener... una pierna?

—Sí. Ya verás cómo la Policía averiguará tarde o temprano que una muchacha, una que en algún momento fue vista con Emil Merton en alguna

parte, ha desaparecido. ¡Lo averiguarán cuando yo hable con la Policía! Maldita sea, ¡lo hicieron! Y todavía más: esperaron a que mi tío falleciese para hacerlo, porque si tío Pierre hubiera estado vivo, jamás habría aceptado la locura de Claudine, ni tan siquiera temporal. Pensaron que no habría médico durante unos días en Eze, y cuando me vieron a mí no les importó demasiado: ¡bah, un joven tonto al que podrían engañar fácilmente! ¡Pero Claudine no está... o no estaba loca, y yo no soy ningún imbécil!

—Ives: ¿piensas que la Policía te creerá cuando vayas a explicarles todo esto?

—No... Tienes razón, no me creerá. Pero investigará en torno a los pasos de Emil Merton en relación con muchachas. Y pronto sabrán que una de ellas ha desaparecido. ¡Y además, yo tengo que encontrar alguna prueba de que Claudine ha dicho la verdad!

—¿Qué prueba?

—No sé... ¡Pero la encontraré! Y tú me ayudarás a buscarla, Sonia. ¿Cuento contigo?

—Naturalmente —Sonia se estremeció—. ¡Dios mío, si todo es cierto la pobre Claudine debe estar sufriendo horriblemente...!

—La liberaremos de ese sufrimiento. ¡Y daremos su merecido a Emil Merton v a la viuda Hidoine! Bueno, se está haciendo tarde. ¿0ué te parece si descansamos para estar mañana dispuestos a todo?

—¿Tarde? ¡Pero si ni siquiera son las diez de la noche!

—¿Y qué tiene de malo acostarse a las diez de la noche?

—Oh, pues... ¡Realmente, nada! —rió Sonia, súbitamente sonrojada.

—Como ves —sonrió Ives—: este es un hotel con todos los servicios que una preciosa chica como tú pueda desear... Lástima que ya no llueva. ¡Con lo romántica que es la lluvia...!

* * *

Adele Hidoine pensó que, al menos, ya no llovía, lo que le habría molestado bastante. Aunque, en realidad, estaba tan preocupada que cualquier molestia tan relativa como la de la lluvia carecía de importancia.

Había esperado, muy nerviosa, a que fueran las dos de la madrugada, hora de la cita con Emil. ¡Y nada menos que en el invernadero! Claro que el invernadero, y más a las dos de la madrugada, era el sitio ideal para que nadie pudiera verlos ni siquiera a las dos de la mañana. Claudine estaba fuera de combate, y Sonia Delcour se había marchado de la casa, así que nadie iría en ningún momento al invernadero. Y más ventajas: si se dirigía hacia éste por la parte de atrás, entre los pinos, ni siquiera podría ser vista desde la casa, en el muy remoto supuesto de que alguien tuviera la ocurrencia de estar a las dos de la mañana mirando hacia el invernadero...

Sí, era un buen sitio.

Así que, tras llegar a él por la parte de atrás, corrió hacia el frente, empujó

la puerta, y entró. No había ninguna luz encendida. Cerró la puerta iras ella. En seguida se notaba el calor, pero de momento el abrigo no le molestaba.

Recordó la nota que Jeanne, la cocinera de la casa de Claudine, le había llevado después de la cena, en un sobre cerrado. Decía:

A LAS DOS DE LA MADRUGADA EN EL INVERNADERO. ¡NO ME LLAMES POR TELEFONO!

Así, en mayúsculas, y sin firmar, pero solamente Emil podía haberle enviado la nota. Y si Jeanne hacía algún comentario al respecto, podían decir que había sido alguna nota de disculpa por la actitud de Claudine, o algo así.

Pero... ¿dónde estaba Emil?

—Emil —llamó suavemente—, ¡Emil, ya estoy aquí!

—¡Ssst! —le llegó el siseo, desde el fondo del invernadero.

¡Qué tontería! ¿Quién habría de oírles? Pero Adele caminó hacia el fondo de! invernadero, lentamente, pues la iluminación que llegaba desde el jardín delantero de la casa no era precisamente intensa allí dentro...

—¡Emil! ¿Dónde estás?

—¡Ssst!

El siseo la orientó. Continuó caminando. Olió a rosas. Es decir, que estaba muy cerca del árbol carnívoro. ¡Qué tontería! Casi sonrío al pensar en «Phillip»... ¿Cómo había podido creer aquella estúpida de Claudine que un árbol la había devorado? Emil le había dicho que sí, que lo creería lo suficiente para volverse poco menos que loca durante el tiempo que ellos necesitaban. Es decir, que Claudina quedaría temporalmente incapacitada para firmar documentos, y Emil se haría con un poder notarial y un certificado médico que le facultaría para poder tomar decisiones sobre las propiedades de los Drummond. ¡Y venderían de una maldita vez las dos propiedades a la urbanizadora, y ella sería tan rica que podría hacer todo cuanto quisiera!

¿Y lo del magnetófono con llantos y gemidos grabados que Emil había colocado, adherido con esparadrapo, bajo la superficie de la mesa en la que Claudine colocaba la planta carnívora cada noche? Claudine era tan boba y tan simple que dormía como una piedra, así que Emil podía poner en marcha el magnetófono cuando quisiera... y la cinta terminaba tras unos minutos de emitir llantos... ¡Qué bien había salido todo, tras un planteamiento tan... elaborado!

—¿Emil? —llamó Adele una vez más.

La luz del invernadero se encendió de pronto.

Adele alzó instintivamente los brazos para protegerse los ojos con las manos, pero, al mismo tiempo, vio a Emil.

Es decir... ¿aquello era Emil?

Parecía Emil.

Pero, en realidad, aquel ser humano que estaba sostenido por las tentaculares ramas de «Phillip» podía haber sido cualquiera... ¡Y hasta

cualquier cosa en lugar de un ser humano!

Colgaba de las ramas del árbol filipino completamente ensangrentado, destrozado, medio descuartizado. Un brazo casi estaba desprendido del hombro, una parte de la cabeza colgaba hacia un lado, un ojo pendía del nervio óptico hasta la mejilla, cerca de la boca... Era como si aquel cuerpo hubiese sufrido la más horrenda trituración que pudiera imaginarse. La sangre lo llenaba todo, había salpicado a todas partes...

El terror era tal que Adele no conseguía moverse, ni reaccionar, ni siquiera respirar. Había quedado toda ella como sometida a un cortocircuito mental v físico. Sólo veía. Su sangre se había paralizado, o congelado mejor, porque se sentía helada, congelada. Sus ojos desorbitados expresaban un terror que también parecía congelado en las pupilas...

—De modo que a ti también te he engañado —oyó Adele la voz.

Su cabeza giró.

Junto al rosa! vio a Claudine Merton, en camisón, mirándola con una sonrisa que puso escalofríos de muerte en todo su cuerpo, con los cabellos ahora parcialmente blancos revueltos y manchados de sangre.

Toda ella estaba manchada de salpicaduras de sangre, de los pies a la cabeza. El camisón, las manos, el cabello, el rostro...

Adele Hidoine quiso decir algo, pero de su boca brotó una especie de tremolante maullido, eso fue todo. Al mismo tiempo, se fijó en lo que Claudine, dando un paso hacia ella, alzó sobre su cabeza... La luz se reflejó en la ensangrentada hacha, que todavía goteaba,

—«Phillip» tiene más hambre —dijo Claudine, riendo guturalmente—. ¿No sabías que es un árbol carnívoro? ¡Voy a darle de comer mucha carne!

Adele Hidoine sintió de pronto que algo rígido se rompía entonces dentro de ella. Abrió la boca, comenzó a moverse intentando huir, y el grito vibró ya en su garganta...

Entonces, el hacha descendió velozmente sobre su cabeza.

Se oyó un seco crujido, y en el acto, Adele Hidoine dejó de sentir nada, de ver nada, de oír nada... Todavía su cuerpo, con la cabeza abierta, estaba cayendo, cuando recibió el siguiente hachazo, ahora en el centro del pecho, con lo que la caída hacia atrás fue violentísima, brutal. Crujieron las costillas, un seno se abrió bajo la ropa como si fuese de nata... pero ya Adele Hidoine estaba muerta.

Y así cuando recibió el siguiente hachazo, ya tendida en el suelo, nada le dolió, nada la preocupó, nada la alteró. No se puede morir mucho; simplemente, se muere. Aunque hay muchos modos de morir, y el de Adele Hidoine, descuartizada y ensangrentada, no fue ciertamente de los más piadosos.

Todavía el hacha buscó su cuerpo tres o cuatro veces más.

Luego, unas manos ensangrentadas arrastraron su tronchado cuerpo hacia las ramas de «Phillip».

Realmente, Madame Hidoine no debió acudir nunca a aquella insólita cita


en el invernadero.

ESTE ES EL FINAL

—Es inútil —dijo el doctor Brasset, cuya palidez era impresionante—. ¡No hay modo de hacerla reaccionar! Nos despertó a todos con sus carcajadas al entrar en la casa arrastrando el hacha, se rió al vemos, pero luego enmudeció, se quedó así, y va no ha reaccionado en modo alguno. ¡Ni siquiera la Policía ha conseguido nada!

Estaban solos en el dormitorio de Claudine el doctor Brasset y el doctor Savard, ambos contemplando a la hierática, muda, inexpresiva Claudine, viuda Merton. Eran las tres y media de la madrugada. La Policía había sido llamada, y también la señorita Lecrerc pensó en avisar de lo sucedido al simpático doctor Savard, que había acudido a toda prisa, en pijama y con el gabán encima, igual que la señorita Delcour.

—La cocinera le cambió el camisón y la limpió —continuó el doctor Brasset, tras una pausa—, pero todavía tiene manchas de sangre, sobre todo en el cabello. Desde luego, esta pobre mujer perdió la razón. Tendrá que ser internada, y ahora bajo unas atenciones severas. Me pregunto cómo se enteró de que su marido se reuniría con su amante esta noche en el invernadero...

—¿Puedo quedarme unos minutos solo con ella, por favor?

—Bueno...

—Por favor, doctor Brasset.

Este asintió, y abandonó el dormitorio. Ives se dirigió hacia la mesita situada casi frente al balcón, donde sabía que Claudine había depositado las plantas carnívoras que invitaba por las noches. Sin vacilar, Ives tumbó la mesita, y se acuclilló junto a ella, mirando la parte interior de su superficie. De momento, no vio nada. Luego, unas delgadas hebras blancas adheridas a la madera... Volvió la cabeza hacia Claudine, y se dio cuenta de que ella le estaba mirando ahora con suma atención. Puso bien la mesita, y volvió a sentarse a su lado.

—Usted también vio esas señales, ¿verdad, Madame? —murmuró—. Y comprendió que son restos del esparadrapo que su marido utilizó para adherir el magnetófono con las grabaciones de llantos y gemidos. Y como sabia mejor que nadie la verdad sobre todo lo demás, acabó por comprender la jugada de ambos. Y los engañó, seguramente ayudada por su fiel Jeanne. Ciertamente, ellos asesinaron a una mujer y la… descuartizaron, pero lo que usted ha hecho también es horrible, ¿no cree?

Claudine no contestó. Ives hizo un gesto de impaciencia.

—Madame, sé que me está oyendo y entendiendo perfectamente. Del mismo modo que sé que usted no está loca, pero que seguirá fingiendo estarlo para eludir a la Justicia, y volver a su mansión tras unos meses de descanso en un sanatorio. Tendría que denunciarla a la Policía, pero no voy a hacerlo, no tema. Y ello, por la sencilla razón de que, si bien se descubrirá la jugada de su marido y la viuda Hidoine, nadie me creería cuando le dijera que usted lo

comprendió todo, me atacó precisamente para parecer aún más desequilibrada, y luego los mató simulando que los creyó amantes. Absuelta por locura temporal... y nadie podrá probar jamás lo contrario... ¿No es así, Madame?

La mirada de Claudine Drummond se tornó inteligente de pronto, y se fijó en Ives. Una mirada normal, con todas sus luces. Una sonrisa pasó fugazmente por los labios de la reciente viuda. Y de pronto, uno de sus ojos efectuó un guiño simpático, malicioso, divertido. Luego, la expresión de Claudine volvió a ser ausente, hierática, inexpresiva, como hipnotizada, alucinada.

Ives Savard sintió un tremendo estremecimiento Luego, se puso en pie y murmuró:

—Cuando regrese usted del sanatorio, Madame, hágame un favor, ¿quiere?: búsquese otro médico para sus chequeos anuales. A mí, se me pondrían los c... por corbata nada más verla.

FIN